EL TEATRO MODERNO



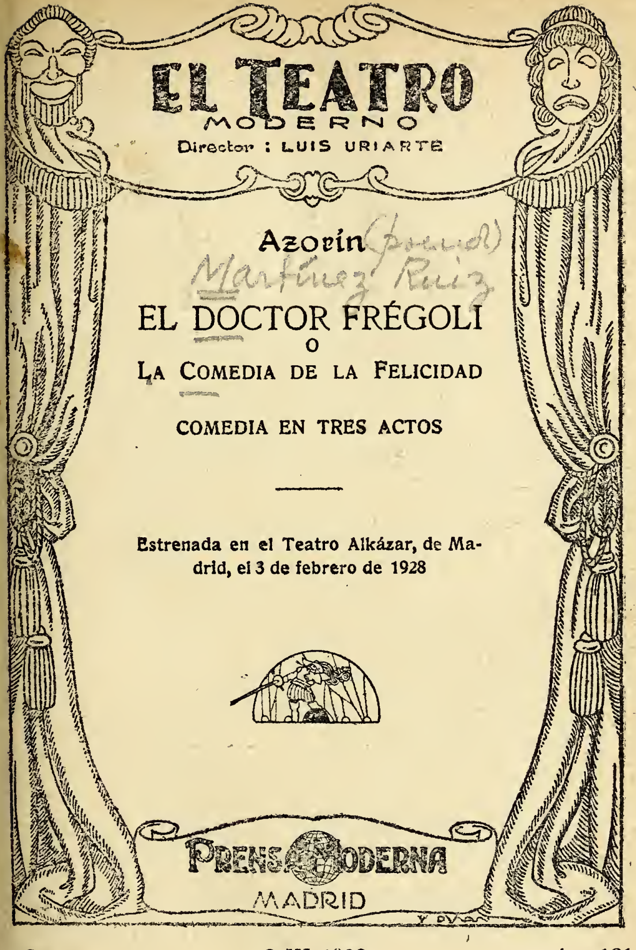
AZORIN

EL DOCTOR FREGOLI

La comedia de la felicidad

LOYCORRI

50 CENTIMOS



EL TEATRO
MODERNO
Director: LUIS URIARTE

Azorín (pseud.)
Martínez Ruiz

EL DOCTOR FRÉGOLI
O
LA COMEDIA DE LA FELICIDAD

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Alkázar, de Madrid, el 3 de febrero de 1928

PRENSA MODERNA
MADRID

AÑO IV 3-III-1928 NÚM. 131

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Doña María...	*Sra. Alba.*
La Danzarina...	*" Sanz.*
Anita...	*" Sanz.*
Lydia...	*" Ortega.*
La institutriz...	*" Manso.*
Una joven alegre...	*Srta. Pujó (M.).*
Una mujer...	*" Granda.*
Lygia...	*Sra. Lozano.*
Una sordomuda...	*" Valls.*
Juana...	*" Valls.*
Crispinilla...	*Srta. Pujó (B.).*
Popea...	*" Llanos (E.).*
Nigilia...	*" Llanos (S.).*
El Doctor Frégoli...	*Sr. Bonafé.*
El galán joven...	*" Perales.*
Nerón...	*" Perales.*
Víctor...	*" Perales.*
Vitelio...	*" García León.*
El cómico...	*" García León.*
Federico...	*" S. Torrecilla.*
El director empresario...	*" Guillot.*
El director de escena...	*" Gutiérrez.*
El empleado...	*" Hidalgo.*
Petronio...	*" Sanz.*
El electricista...	*" Caba.*
Lucano...	*" Ponzano.*
Vinicio...	*" Echeniqae.*
Un esclavo...	*" Sola.*
Trigilio...	*" Raboso.*
El apuntador...	*" Salas.*
Tramoyista...	*" Gumersindo.*
Una voz...	*" Rodríguez.*

Esclavos, bailarinas, máscaras, etc., etc.

ACTO PRIMERO

La escena representa la habitación de una echadora de cartas. Un velador cubierto con un tapete negro, butaca tapizada en negro y varias sillas. Muy poca luz.

ESCENA I

El *Doctor Frégoli*, vestido de echadora de cartas, vieja. Una *Joven alegre*. Después, un *Empleado viejo*.

ECHA. Veo que no tiene usted mucha suerte en el juego.

JOVEN. ¿Lo ve usted?

ECHA. ¡En cambio es usted muy afortunada en amores!

JOVEN. Si el refrán no mintiera, yo debería ganar millones... Porque ha de saber usted que me han abandonado.

ECHA. ¿Quién?

JOVEN. ¿Quién ha de ser? ¡Mi marido!... ¡El muy canalla! Me abandonó dejándome sola, sin hijos... y con una gran fortuna.

ECHA. ¿Y por qué la dejó a usted?

JOVEN. ¡Ah! No sé... Es una cosa inconcebible... ¡Figúrese usted que es un hombre que se casó conmigo cuando yo era huérfana! ¡Miserable! Pero no se saldrá con la suya... En primer lugar he ido a consultar a un abogado... Me ha dicho que lo que ha hecho mi marido es un crimen... ¿lo oye usted? Un crimen que hasta hace poco se castigaba en Inglaterra con la pena de muerte.

ECHA. ¿Pena de muerte por dejar a una mujer?

JOVEN. Sí, señora, sí... La trigamia se castiga con la horca.

ECHA. Bueno, pero nosotros no estamos en Inglate-

rra... Estamos en Rusia... ¿De manera que su marido es... *trígamo?*

JOVEN. Lo menos. Comprenderá usted que es para desesperarse... Mire usted... El verano pasado fuí a un balneario y allí conocí a una señora muy simpática, mucho... Sordomuda... Una tarde, estando en su habitación, me puse a hojear, distraídamente, un álbum de fotografías, cuando de pronto... ¿Qué veo? ¡El retrato de mi marido!... Al ver el retrato en el álbum, escribí: "¡Es mi marido!", subrayándolo dos veces... "No; es el mío...", me respondió la sordomuda, subrayándolo tres veces. "Entonces es bígamo", la pregunté yo. Y ella me contestó, escribiendo temblorosa: "¡Más bien creo que sea trígamo!" Y me refirió una larga historia para explicarme que le había sorprendido con una mujerzuela y que se escapó con ella. Pero como no era tonta la mujerzuela, antes de fugarse le obligó a que se casara, dándole esa prueba de amor...

ECHA. ¡Es interesantísimo!

JOVEN. Esa es la palabra que empleó el director de una agencia policíaca a la que acudí. "¡Es interesantísimo!" Y me pidió dinero para los primeros gastos... Me ha enviado un agente... ¡Una maravilla! Trabaja en un teatro para aprender los secretos de la caracterización... Rivaroff... Habrá usted oído hablar de él... El galán joven soñado... Elegante, con una manera de mirar... Le he prometido una fortuna si logra descubrir a mi Don Juan. ¡Oh! No crea usted que voy a entregarlo a la Justicia, no. Lo que yo quiero es el divorcio... No más ni menos.

ECHA. Las cartas afirman que tiene usted un amiguito...

JOVEN. Tengo dos... *(Señalando al perro.)* Este, que se llama Mimí, y otro que se llama... Bueno, no importa cómo se llama... ¿Verdad, Mimí? Pero hoy estás muy feo... Estás muy descui-

dado... Diga usted, señora: ¿Tendría usted inconveniente en echar las cartas a Mimí?...

ECHA. ¿Al perro?

JOVEN. Sí... Hace unos días que lo veo triste, meditabundo... Se queda pensativo en la ventana y lanza unas miradas de melancolía a la calle...

ECHA. Pero, señora, yo no tengo cartas caninas...

JOVEN. Es igual... Lo comprende todo lo mismo que una persona... Mejor que muchas personas...

ECHA. Yo no he echado nunca las cartas a un perro.

JOVEN. ¿Por qué? Es un capricho. La pagaré doble.

ECHA. No es posible negar a usted nada... ¿Quién va a cortar?

JOVEN. Cortaré yo por él.

ECHA. A condición que toque el suelo.

JOVEN. Con la patita izquierda. A ver... ¿Qué dicen las cartas?

ECHA. *(Frunciendo las cejas.)* ¡Oh!

JOVEN. ¿Qué? ¿Qué?

ECHA. No es nada bueno.

JOVEN. ¡Me asusta usted!...

ECHA. ¿Puedo hablar delante de él?

JOVEN. ¡Ah! ¡Sí! Creo que sí... Por más que no... es tan inteligente...

ECHA. Le amenaza una enfermedad.

JOVEN. ¡Ay, Dios mío!

ECHA. ¡Hay que velar por su salud!

JOVEN. Te lo estoy diciendo siempre... Comes mucho y no haces ejercicio.

ECHA. Aquí sale además una dama.

JOVEN. ¿Sí?

ECHA. Un gran amor.

JOVEN. Sí... Ya lo sé... Le he dado permiso... Es la perrita de enfrente...

ECHA. Otra dama... Otro amor más grande todavía.

JOVEN. ¿Otro? ¿Dos? ¡Sinvergüenza!... ¿Quién es esa otra dama de la que yo no he oído hablar nunca? ¡Eh! Responde... ¿Eres bígamo tú también, o trígamo probablemente?... ¿No dices nada?

ECHA. Esas explicaciones pídaselas usted ahora al lle-

gar a casa. A mí me es imposible hacer esperar a mis clientes hasta que Mimí conteste.

JOVEN. ¡Qué lástima! Yo que tengo aún mil preguntas que hacerla... Pero, en fin, puesto que no puede consagrarme más tiempo, me retiro. ¿Ha cobrado usted todo, verdad?

ECHA. Sí, señora.

JOVEN. Pues hasta la vista, señora. *(Vase la Joven.)*

ESCENA II

La *Echadora* y el *Empleado.*

EMPL. *(Tímidamente.)* ¿Se puede pasar?

ECHA. Adelante.

EMPL. Un momento... Es un momento nada más... Vengo de parte de doña María... la dueña de la casa donde habitamos... Una pensión de familia...

ECHA. Ya sé, ya... Siéntese usted... Doña María tiene que venir hoy...

EMPL. Precisamente... Pero yo quiero prevenirla a usted... Vendrá con su hija, que es lo que la preocupa... Y yo quiero hablar a usted de mi hijo Federico... el estudiante. Doña María ha conseguido que mi hijo las acompañe aquí. Parece ser que usted se dedica a dar buenos consejos para aliviar las desgracias ajenas... Y en nuestra casa nos amenaza una gran desgracia. Sí, señora. Figúrese usted mi hijo, un hombre joven, en la primavera de la vida que, de repente, dice que está cansado... que quiere hacer un corte de cuentas... Acabar con la existencia... ¡Arrojar la carga!

ECHA. Me ha hablado doña María...

EMPL. Trató de suicidarse una vez, pero doña María lo salvó... Yo no estaba en casa... Había ido a la iglesia a rezar... Por eso, sin duda, la tentativa falló... ¡La mano del Señor! El clavo cedió cuando la cuerda le había hecho ya una señal profunda en el cuello... Pero no ha curado,

no... ¡Sigue con la misma idea metida en la cabeza!... ¡Y no me hace caso! Puede que a usted sí la escuche... Sí... Se dice que el hipnotismo hace milagros, y si usted pudiera desarraigarle esa idea... ¡Que tenga piedad de mí!

ECHA. Haré todo cuanto pueda.

EMPL. ¿Por qué nos veremos sometidos a estas pruebas? La vida para mí no ha sido grata. ¡Oh! Se lo suplico a usted. ¡Que mi hijo no manche mis canas con esa vergüenza!...

ECHA. Le advierto que lo que usted me pide no es fácil.

EMPL. Pero usted... Usted sí puede... Hay que quitarle de la cabeza esa manera de pensar, arrancar de su corazón el mal que le trastorna... Hablarle... convencerle... Usted sabe mejor que yo... *(La ofrece dinero.)*

ECHA. No, no... Aquí no se paga por adelantado...

EMPL. *(Insistiendo.)* Se lo ruego... No me desaire usted... ¡Ayúdeme! Tenga piedad de este pobre hombre...

ECHA. No... No me hace falta el dinero de usted.

EMPL. Sí, sí... Tómelo... Es suyo... Me ofendería... ¡Adiós! ¡Adiós! Muy agradecido. *(Vase el Empleado.)*

ESCENA III

La *Echadora* y la *Bailarina.*

BAILA. Vengo antes de la hora, ¿verdad? Pero es que tengo ensayo a las cuatro.

ECHA. Usted no llega nunca pronto.

BAILA. Es usted muy amable.

ECHA. ¿Recibió usted mi carta?

BAILA. La agradezco a usted mucho el interés que se toma por mí.

ECHA. Dejemos eso, hijita. Tengo que dar a usted una noticia... Pero una noticia grave.

BAILA. ¡Me asusta usted!

ECHA. Anoche fuí al teatro...

BAILA. ¿Al nuestro?
ECHA. Para ver trabajar a su marido.
BAILA. ¿De veras?
ECHA. Como usted lo oye.
BAILA. ¡Qué noche pasaría usted!
ECHA. Una noche como otras noches.
BAILA. ¿No salió usted asqueada del teatro, de la escena, de la obra, de las decoraciones, de los trajes, de todos nosotros?
ECHA. Es un teatro como los demás.
BAILA. Tiene usted razón. ¡Ay! Cuando yo descubrí mi vocación, cuando sentí la atracción misteriosa de la danza, al penetrar en el teatro creí franquear los umbrales de un templo... El Arte me parecía un apostolado. Pero me encontré en una casa donde sólo había luchas mezquinas, tráficos inconfesables, una atmósfera corrompida, y me estremecí de asco.
ECHA. No es muy agradable que digamos, pero hay que tomarlo como es. . Además, yo fuí a ver lo que quería... Riveroff.
BAILA. ¿Mi marido?
ECHA. Es un buen actor.
BAILA. ¿Verdad que sí?
ECHA. Pero se caracteriza muy mal.
BAILA. Se lo he dicho mil veces. Sale siempre con la misma cara... Parece un Pierrot aburrido.
ECHA. Me fijé mucho en él, y estuve estudiándole para poder contestar a la pregunta que usted me había hecho.
BAILA. ¿Y qué?
ECHA. Sin haberle visto nunca, sin haber oído el metal de su voz, ¿cómo iba a decir a usted si su temperamento es falso, infiel, inconstante?
BAILA. ¿Pero... ahora?... ¿Cuál es su impresión?
ECHA. No tiemble usted asi...
BAILA. Hable usted..., se lo suplico.
ECHA. Usted le quiere demasiado... Mejor dicho, deja usted ver que le quiere demasiado.
BAILA. ¿Yo?
ECHA. Emplee usted el recurso clásico.

BAILA. No comprendo.
ECHA. Es el eterno truco del teatro... ¡Dele usted celos!
BAILA. Si viera usted el poco caso que me hace.
ECHA. Por eso hay que moverse. Recurra usted a su talento... Hay que tender un puente sobre el abismo que los separa a ustedes...
BAILA. ¡Tanto como abismo!
ECHA. Tienda usted ese puente, el puente de los celos, y verá usted volver a su marido más dócil que nunca... ¿Qué dice usted? *(Suena dentro un timbre.)*
BAILA. ¡Qué cosa más rara!
ECHA. ¿Qué?
BAILA. Así es como llama mi marido.
ECHA. No piensa usted más que en él... Es una obsesión.
BAILA. Es verdad... Bueno, me voy... Es tarde...
ECHA. Vaya usted con Dios... Y no deje de poner en práctica los medios para recobrar su felicidad.
BAILA. Lo intentaré... ¡Ah! Se me olvidaba... En su carta me dice usted que hoy tendremos una sorpresa en el teatro.
ECHA. Sí... Una proposición que puede que la interese a usted. Se trata de un contrato.
BAILA. ¿Para mí? ¿Supongo que para mi marido también?
ECHA. Le quiere usted demasiado.
BAILA. O es un contrato para toda la compañía.
ECHA. Las cartas no hablan más que de usted.
BAILA. En fin, allá veremos...
ECHA. ¿Cree usted que es su marido el que llama ahora también?
BAILA. No... No lo creo... Pero, de todos modos, me voy. No quiero hacer padecer a todas esas gentes que esperan a que usted las descubra el secreto de su destino. Adiós. *(Vase.)*
ECHA. *(Asomándose.)* Que entre el primero.

ESCENA IV

La *Echadora* y el *Galán Joven.*

GALAN. Buenas tardes, señora. *(Lleva en la mano un anuncio de un periódico que lee.)* ¿Es usted la "célebre adivinadora oriental, cartomántica, quiromántica y fisonomista que cura los tormentos ocultos, averigua el carácter por la escritura, alivia las penas del corazón y posee remedios heroicos contra las afecciones cutáneas... y las otras?"...

ECHA. Para servir a usted.. Siéntese... Usted me dirá.

GALAN. Vengo a que me eche usted las cartas.

ECHA. Estaría usted mejor si se afeitase del todo.

GALAN. Es una opinión.

ECHA. Es un consejo que le doy a usted... gratis.

GALAN. Gracias... De modo que las cartas...

ECHA. ¿Le preocupan a usted mucho las cartas?

GALAN. Es que he perdido un objeto...

ECHA. Pues ahora va usted a perder otra cosa.

GALAN. ¿Yo? No.

ECHA. Sí... la barba... *(Se la arranca.)*

GALAN. ¡Señora!

ECHA. Yo lo veo todo... Conozco los secretos que cada criatura humana oculta en el fondo de su alma. No tengo necesidad de usar gafas... Ni usted tampoco...

GALAN. *(Quitándose las gafas.)* Es prodigioso... sobrenatural... fantástico... No encuentro palabras...

ECHA. ¿Qué vienes a hacer aquí? No mientas... Sería inútil... A mí no se me oculta nada.

GALAN. Deje usted siquiera que me tranquilice un poco.

ECHA. No... Yo tengo prisa... Tú también, porque es menester que no llegues tarde al ensayo.

GALAN. ¿Sabe usted también que soy actor? ¿Me ha aplaudido usted? ¿En qué obra?

ECHA. Eso no viene a cuento... ¿Por qué estás aquí?

GALAN. Verá usted... Yo...
ECHA. Sí... Ya lo sé... ¡Lo veo! ¡Lo veo todo!... ¡No trates de querer engañarme!...
GALAN. Si lo ve usted todo, no tengo por qué explicarle nada.
ECHA. Quiero que confieses la verdad.
GALAN. ¿Es mi castigo?
ECHA. Precisamente.
GALAN. Pues bien... Estoy siguiendo a un individuo que viene con frecuencia a esta casa... No pregunto si viene aquí. Esta es su fotografía... Está parecidísimo... salvo que lleva una barba postiza como la que yo traía antes...
ECHA. ¿Qué más?
GALAN. Lo busca la policía... Es un delincuente... Ha engañado ya a tres mujeres... Se casa con ellas y luego se apodera de la dote y desaparece...
ECHA. ¿Eres también confidente de la policía?
GALAN. Tiene uno tantos gastos... La vida es tan dura...
ECHA. ¿Y por eso te has hecho espía?
GALAN. ¿Debo avergonzarme?
ECHA. Yo no te obligo a ello.
GALAN. Es una profesión que tiene sus riesgos...
ECHA. *(Mirando las cartas.)* Le pueden dar a uno de patadas... Pero tú tienes suerte... Vas a recibir una buena noticia...
GALAN. ¿Sí?
ECHA. Probablemente hoy mismo... en el teatro...
GALAN. Mi mujer me la ha anunciado... Ya sé que se ve con usted...
ECHA. Acaba de salir de aquí.
GALAN. La he visto, pero no me ha reconocido...
ECHA. ¡Vas tan bien disfrazado!
GALAN. ¡Verdad que sí! ¡Ah! No diga usted a mi mujer que soy...
ECHA. ¿Policía? Confía en el secreto profesional.
GALAN. Y diga usted: ¿No ve usted nada en las cartas que descubra al hombre que busco?
ECHA. ¿Al trígamo? No... nada... Las cartas están mudas. Pero, en fin, las consultaré de nuevo

y te escribiré... Déjame tu dirección..., por más que no... Vas a cambiar pronto de domicilio.

GALAN. ¿Que voy a cambiar de domicilio? ¡Qué me dice usted!

ECHA. Yo no digo nada... Lo dicen las cartas.

GALAN. Puesto que las cartas dan los domicilios, ¿por qué no las pregunta usted dónde vive el Don Juan que estoy persiguiendo?

ECHA. Imposible. Tu Don Juan es uno de mis clientes más fieles.

GALAN. ¡Entonces no insisto!

ECHA. Es un hombre riquísimo.

GALAN. Lo sé.

ECHA. Pero su fortuna no la ha ganado robando la dote a sus mujeres.

GALAN. ¿Está usted segura?

ECHA. Segurísima. No ves que le conozco... Y te advierto que a ti te podría ser muy útil. Tiene mucho dinero metido en la empresa del teatro.

GALAN. ¿Es socio de la empresa?

ECHA. Más bien empresario.

GALAN. La verdad es que hay coincidencias... *(Llaman a la puerta.)*

ECHA. ¿Quién? ¡Ah! ¿Es usted, doña María?

MARIA. Perdone usted si la molesto...

GALAN. Que pase... que pase... Yo me voy... La dejo a usted... Es la hora del ensayo... Adiós, señora.

ECHA. Bien, bien... Vaya usted con Dios... *(Vase el Galán joven.)*

ESCENA V

La *Echadora, Doña María, Lydia* y *Federico.*

ECHA. Me alegro que venga usted pronto, doña María.

MARIA. No vengo sola.

ECHA. *(Abriendo la puerta.)* Pasen ustedes. *(Entran Lydia y Federico.)* Hoy no recibiré a nadie

más... ¿Lo oye usted..., Juana? Unicamente a ese caballero que vendrá luego... Ya sabe usted...

MARIA. *(Presentando a Lydia.)* Es mi hija... Lydia...

ECHA. Señorita... Siéntese usted...

MARIA. No come nada... Tose mucho... Estos días sufre de la boca... Son neuralgias...

LYDIA. Dice mamá qus usted podría curármelas...

ECHA. Desde luego.

LYDIA. Probaremos... aunque no lo creo...

FCHA. Usted creerá... ¿Y este joven? *(Por Federico.)*

MARIA. Es verdad... Había olvidado hacer la presentación... Es un huésped que tenemos en la pensión... Un pariente lejano...

ECHA. ¿Vienes para conocer tu porvenir?...

FEDE. No, señora, no... No me confunda usted... Vengo a acompañar a estas señoras y por conocer este antro... Ni más ni menos.

MARIA. Pero hombre ¿por qué no probar? No arriesgas nada.

ECHA. Espere usted, doña María... ¿Quiere usted que la diga lo que piensa este joven?

FEDE. Vamos a verlo.

ECHA. Tú estás pensando... "Mientes, bruja, mientes... ¡Tú no puedes adivinar mi pensamiento!"

FEDE. Pues no se ha calentado usted mucho los cascos...

ECHA. Aguarda... Dices que has venido para conocer este antro... Pues bien... Vas a verme trabajar... ¡incrédulo! ¿Vamos, señorita? A ver si logramos que desaparezcan esas neuralgias... Un instante, doña María. *(Vanse la Echadora y Lydia.)*

MARIA. Es usted muy desconfiado, Federico.

FEDE. ¿Qué quiere usted decir?

MARIA. Que el estudio le ha amargado el espíritu... Por eso cree usted que la vida vale tan poco.

FEDE. Señora... Usted no entiende de esas cosas.

MARIA. Cuando pienso que no ha tenido usted piedad de su padre... ¡Pobre viejo! ¡Siempre temiendo

que pueda darle a usted otra vez la idea de suicidarse!

FEDE. La repito que usted no entiende de esas cosas.

MARIA. ¿Y la echadora de cartas? ¿Cree usted que ella no entiende? Pues bien claro me ha dicho que los que atentan contra su vida son unos egoístas.

FEDE. ¿Egoístas? Tiene gracia.

MARIA. Sí, señor... Porque los hombres que no temen la muerte... deben luchar por algo que valga la pena... Por la justicia, si es que la justicia existe...

FEDE. Es una opinión.

ECHA. *(Entrando.)* Joven... ¿No se molestará usted si le ruego que nos deje solas unos momentos?

FEDE. ¿Unos momentos? ¡Para no volver más, señora! No estoy nada a gusto aquí... A los pies de usted.

MARIA. Pero, Federico..., espere usted que le echen las cartas...

FEDE. ¡A mí! Prometí acompañar a ustedes, pero nada más... Adiós... *(Vase Federico.)*

MARIA. ¿Lo ve usted?.. No hay manera... ¡Qué hacer, Dios mío!

ECHA. No se preocupe usted... Le curaremos... Me sé de memoria a estos jóvenes filósofos de la desesperación... ¡Ah! Antes de que se me olvide... Usted necesitaba una doncella, ¿verdad?

MARIA. Sí, señora... Da tanto que hacer la casa...

ECHA. Pues la voy a enviar a usted una perla.

MARIA. ¿De veras?

ECHA. Limpia, dispuesta, bonita... Será además un remedio para que curemos la melancolía de ese joven.

MARIA. ¿Cree usted que eso puede tener alguna influencia?

ECHA. ¡Decisiva! Es su salvación... Esté usted segura... No la pido más sino que haga un poco la vista gorda...

MARIA. Si depende de ello la curación...

ECHA. A ella le encareceré la importancia de su mi-

sión... Salvar una vida ya es algo... Y ahora vamos a lo nuestro... He hipnotizado a su hija.

MARIA. ¡Dios mío!...

ECHA. No tenga usted miedo, mujer...

MARIA. Pero ¿qué ha hecho usted?

ECHA. Usted me ha traído a esa joven para curarla las neuralgias, ¿no es verdad? Usted quiere saber el secreto de sus sufrimientos...

MARIA. Sí... Lo de las neuralgias fué un pretexto para traerla...

ECHA. Pero usted supone que ella oculta un secreto... El secreto que la atormenta... El secreto de su corazón...

MARIA. ¡Ah! Estoy segura... Ella tiene algo...

ECHA. Para eso le he hipnotizado... Ya está dormida y ahora nos dirá todo... Los seres humanos no dicen la verdad más que durmiendo... Colóquese usted ahí y tenga calma... *(Se dirige a la puerta y llama a Lydia.)* Vamos a ver, Lydia... Venga usted... Siéntese aquí... Perfectamente... ¿Está usted mejor? Y esa neuralgia ¿la molesta?

LYDIA. No.

ECHA. ¿Me entiende usted bien?

LYDIA. Sí.

ECHA. Hable usted más alto... Y dígame francamente qué secreto pesar la atormenta... Pero la verdad... la verdad nada más... Vamos... ¿Cuál es su más íntimo pensamiento? Confiese usted el deseo, la aspiración de su vida... Estamos solas... ¿Qué es lo que más ardientemente desea usted?

LYDIA. Yo... Yo... *(Romper a llorar.)*

ECHA. No... No llore usted... Hable...

LYDIA. Yo... yo... Los años pasan... pasan... A mí no me quiere nadie... Mamá sí... ¡claro! Pero el amor... ¡El amor!... Y yo quiero... yo quiero... el amor... los besos... las caricias. Sólo al pensar en ello mi corazón palpita, mi cabeza arde... Y desfallezco... ¡Ah! ¡Qué dolor!... No conocer el amor... No sentir... Yo no quie-

ro morir sin saber qué es el amor. Ya sé que soy fea... Cuando me contemplo en un espejo, lloro... Pero yo quiero .. quiero el amor... ¡El amor!

ECHA. *(A doña María.)* Ahí tiene usted la verdad... Ese era el secreto...

MARIA. *(Llorando.)* ¡Pobre hija mía! ¡Lydia de mi alma!

ECHA. Vuelva a la habitación y despierte. *(Lydia vase.)* Y usted cálmese... séquese los ojos... Ahora ya conoce usted el mal... y el remedio.

MARIA. ¡Dios mío! ¡Es terrible!

ECHA. ¡Así lo ha querido la Naturaleza. . o Dios!

LYDIA. *(Entrando.)* ¡Ay, qué tonta! Pues no me he quedado dormida...

ECHA. Un poco, sí... ¿Y la neuralgia?

LYDIA. Ha desaparecido por completo... ¡Es prodigioso!... ¿Y Federico? ¿Se fué? Pero ¿qué tiene mamá?... Has llorado...

ECHA. No, tonterías... No es nada... *(Llaman al timbre.)* Un momento...

MARIA. No la entretenemos más... Nos vamos... *(La ofrece dinero.)*

ECHA. De ningún modo... No es nada... Vayan ustedes con Dios...

MARIA. Muchas gracias, señora...

LYDIA. Mil gracias... Adiós... *(Vanse doña María y Lydia.)*

ESCENA VI

Frégoli y el *Director Empresario.*

DIR. *(Desde la puerta.)* El doctor Frégoli ¿está visible?

ECHA. Sí, señor... Pase usted... Viene en seguida...

DIR. Dígale que está aquí el director del teatro de las Artes. ¡Ah! Y dígale también que tengo prisa.

ECHA. Sí, señor. *(Entra por el foro diciendo en voz alta:)* El director del teatro de las Artes espera

a usted, señor doctor... Dice que tiene prisa. *(Desde dentro con la voz del doctor Frégoli.)* Voy en seguida. *(Deja caer el vestido, se quita la peluca y aparece el doctor Frégoli; es un hombre de cuarenta y cinco años.)*

DIR. *(Asombrado.)* Pero ¿es posible? ¡Y me he dejado engañar! Yo... con la experiencia que tengo de teatro. ¿Es usted? ¿Usted, la echadora de cartas que trae revolucionadas a las gentes?

FREGO. Ya lo ve usted. *(Saludándole.)* ¿Qué tal?

DIR. Pero ¿no teme usted que le descubra?

FREGO. Para qué... En nuestro contrato está estipulado una fuerte indemnización si alguno quebranta el secreto... Y a propósito... ¿Trae usted el contrato?

DIR. Aquí. Diga usted, amigo mío, ¿puedo hacerle una pregunta?

FREGO. Hágala.

DIR. ¿Qué demonio se propone usted?

FREGO. Temo que no lo entienda usted.

DIR. ¡Hombre! Trataré de comprenderlo.

FREGO. Pues... es que yo soy un hombre que gano mucho dinero...

DIR. ¡Ah!...

FREGO. ¡Muchísimo dinero!

DIR. Sí, sí... Comprendido.

FREGO. Es usted muy inteligente.

DIR. ¿Permite usted otra pregunta?

FREGO. Venga.

DIR. Perdone usted, pero soy algo escéptico... ya soy viejo... He tenido que luchar en la vida y me cuesta trabajo creer... Indudablemente, usted engaña a las gentes que vienen a consultarle, ¿no?

FREGO. ¡Y qué!

DIR. No, nada... Eso es todo...

FREGO. El hombre prefiere siempre la mentira agradable a la verdad cruel.

DIR. Es posible. ¡Con usted lo que sucede es que no se sabe nunca si habla en serio o en broma!

FREGO. ¡Es un enigma!
DIR. Se ha dado usted buena maña para explotar la credulidad de sus clientes...
FREGO. Hago rebajas a los pobres... Pero en cambio los ricos...
DIR. Esos las pagan todas juntas... ¿eh?
FREGO. ¡Sin piedad!
DIR. ¡Claro! Por eso es usted tan rico.
FREGO. Se puede uno enriquecer con los pobres también... ¡Vaya! Esto es un procedimiento bastante extendido.
DIR. Es usted extraordinario.
FREGO. Sí... No hay muchos hombres como yo... Figúrese usted que mi fortuna no la empleo en ninguna satisfacción personal...
DIR. No lo creo... Unos gastan el dinero con las mujeres, otros en el juego, en la mesa, en el lujo... Hay quienes lo emplean en hacer la felicidad de la humanidad... Pero siempre es por egoísmo... Cada cual compra lo que le agrada.
FREGO. ¿Me da usted el contrato?
DIR. Tenga usted.
FREGO. *(Leyéndolo.)* ¿Llegaremos a tiempo al teatro?
DIR. Ya es un poco tarde... Debe haber empezado el ensayo.
FREGO. No importa.
DIR. Todo el personal y la compañía lo saben... Les he indicado el carácter un poco americano del negocio que usted proyecta... Sin decirles nada claramente... Me he limitado a despertar la curiosidad de los artistas. ¡Y le esperan a usted con una impaciencia!
FREGO. Mil gracias.
DIR. Sólo quiero hacer a usted otra pregunta.
FREGO. Voy a dar a usted la contestación... *(Le entrega un paquete de billetes de Banco.)* Cuente, cuente... *(Mientras el Director los cuenta, Frégoli recorre con la vista el contrato.)* Vamos a ver cómo ha quedado redactado el artículo quinto... Sí... Indemnización... Justamente... Está bien.. *(Firma.)* De modo que la

compañía corre ya por mi cuenta y me pertenece hasta la Cuaresma, ¿no es eso?

DIR. Así es. *(Rompe a reír de pronto.)* ¡Ja, ja, ja!...

FREGO. Está usted de buen humor, ¿eh?

DIR. ¡Hombre! Es para estarlo...

FREGO. Para usted es la fortuna.

DIR. Sí... Pero es que estoy pensando que si alguien nos escuchara...

FREGO. ¿Qué?

DIR. ¡Hombre! Ni el mismo Salomón, ni el desventurado Edipo, que descifraba los enigmas tan fácilmente, lograrían adivinar lo que acabamos de hacer y lo que encierra este contrato.

FREGO. Es que los hombres tienen muy poca imaginación... ¿Hace usted el favor de firmar? *(El Director firma.)* Gracias... Y ahora vámonos.

DIR. Cuando usted guste... Verdaderamente es la primera vez que veo a un hombre tan fanáticamente agarrado a su idea. ¡Ah! ¡La idea! ¡No hay nada como la idea! ¡Qué sería de nosotros sin las ideas! ¡Qué cosa tan pobre debe ser una cabeza sin ideas!

FREGO. *(Dándole el sombrero.)* Y sin sombrero... Tome usted... Se le olvidaba...

DIR. Gracias... Es usted muy amable... Pero, dígame usted... Quiere usted decirme, aquí para *inter nos*, ¿cree usted de veras que ha encontrado la manera de salvar al mundo?

FREGO. Yo no he venido al mundo más que para consagrarme a la verdad... Quien ame la verdad que escuche mi voz.

DIR. Comprendido... Comprendido... Pero... la verdad... ¿Qué es la verdad? *(Se miran; una pausa. Luego, sin saber qué decir.)* ¿Vamos? *(Vanse.)*

TELON

CUADRO SEGUNDO

No hay entreacto; apenas cae el telón del cuadro primero, óyese dentro del escenario ruído de martillazos, golpear de trastos y diferentes timbres; por encima de aquel estrépito sale la voz del *Director de escena.*

D. ESC. ¡A escena! ¡A escena! ¡Todo el mundo a escena! ¡Eh! ¿Maquinista? ¿Han puesto ustedes la comunicación con la sala?... ¡Vamos! ¡Vamos! ¿Están todos? ¡Eh! ¡Ah! ¡Claro! Riveroff... Llegará tarde, como siempre... Es inaudito... *(Suena dentro un piano; por delante del telón sale el Director de escena; detrás aparecen dos maquinistas, que colocan una pequeña escalera que pone en comunicación la sala con el escenario. Por el otro lado del telón, el electricista. El Director de escena es un hombre pretencioso, que quiere dar la impresión de que es un genio; el electricista es un infeliz embrutecido que va de un lado a otro, medio atontado. A los maquinistas.)* Vamos, de prisa... *(Al electricista.)* Pero ¿no ve usted esto? ¡Es fantástico! Hay que limpiar esas lámparas... Tengo que ocuparme de todo... Necesito mucha luz... ¿Voy a representar yo el *Quo Vadis* con esto, cuando haría falta un sol espléndido, mediterráneo?... ¿Ha comprendido usted? ¿Cómo quiere usted que en estas condiciones cree yo un espectáculo de arte? Porque es un espectáculo de arte. ¿Lo oye usted? De arte... ¡Limpie usted esas lámparas!

ELECT. *(Limpiando una bombilla.)* Ya las limpio, ya... Puede usted seguir hablando... Yo le escucho mientras limpio...: puedo escuchar y limpiar al mismo tiempo... Yo soy un cualquiera...

D. ESC. Quiero que mi *Quo Vadis* sea una obra maestra... Las obras todas son despreciables... No hay más obras que las que yo monto.

ELECT. Que son las obras maestras... Entendido... Di-

ga usted, ¿qué es *Quo Vadis?* ¿Un rey? ¿Un general? ¿O un estafador?

D. ESC. ¡*Quo Vadis* no es ningún hombre!

ELECT. ¡Ah! ¡Es una mujer!

D. ESC. *Quo Vadis* quiere decir ¿dónde vas?

ELECT. ¡Ah! Es una pregunta... ¡Tiene gracia! ¿Es de usted la obra?

D. ESC. ¿*Quo Vadis?* Sí... Cuando yo monto una obra, la obra es mía... El autor pasa al segundo, al tercer lugar... Desaparece...

ELECT. ¡Se va por el foro!...

GALAN. *(Trae en la mano una túnica.)* Yo no me pongo esto.

D. ESC. ¿Por qué? Es del más puro estilo romano.

GALAN. Yo quiero un puro estilo romano a mi medida.

D. ESC. ¿Se la ha probado usted?

GALAN. Sí, señor... Y parezco un vagón... Yo no me visto...

D. ESC. ¡Me tiene usted ya harto! Se pasa usted la vida quejándose del trabajo... Del traje que no está a la medida... Del apuntador porque si apunta alto o bajo... Valdría más que se estudiara usted los papeles y viniera puntualmente a los ensayos... Es usted imposible. ¡Imposible!

GALAN. Lo que usted diga me tiene sin cuidado... Lo que me importa saber es si ha dicho usted a la Empresa lo del asunto del sueldo.

D. ESC. ¡Cómico! ¡Es usted un cómico!

GALAN. ¡No me insulte usted!

D. ESC. ¿No sabe usted que el empresario está en tratos para traspasar la compañía? ¡Y en estas condiciones quiere usted que aumente el presupuesto!

GALAN. ¿Usted cree en esa historia?

D. ESC. ¡No he de creer!... Déjeme en paz... ¡Ea! ¡A escena!... Arriba el telón... *(El telón se alza solemnemente. No hay ninguna decoración puesta. El aspecto del escenario será el que ofrece durante un ensayo en un teatro de provincias. En el fondo, la mesa de un gran festín en el palacio de Nerón: los asientos para los convi-*

dados son bancos cubiertos con cojines de colores abigarrados. A la izquierda, una mesa más pequeña. A la derecha, una pequeña estrada, donde habrá dos arpas de formas caprichosas y una flauta de Pan; también a la derecha, el piano con el pianista; actrices y actores visten de manera que parece quieren evocar los tiempos de Nerón. Tres figurantas son los asirios que amenizan la fiesta. La bailarina viste también un traje asirio: lleva zapatillas y se cubre con un pequeño mantoncillo de calle, porque los velos que viste son demasiado vaporosos y tiene frío. Cuando se levanta el telón, unos están sentados, otros en pie, algunos pasean. Se habla y se fuma.)

ELECT. Señor Director, esta lámpara está fundida.

D. ESC. ¿Fundida? ¿Y por qué esta lámpara está fundida y las otras no?

ELECT. No lo sé... ¡Yo no he sido lámpara!

D. ESC. ¡Váyase! ¡Váyase! A ver... Silencio... A escena... Cada uno en su sitio... *(Los intérpretes obedecen perezosamente. Nerón y Popea están en el centro de la mesa grande, que tendrá la forma de una herradura. A la derecha de Nerón se hallará Tigilio. A la izquierda de Popea estará Petronio. En el lado derecho de la mesa, sentados unos, acostados otros, adoptan diversas actitudes clásicas. El cómico Vitelio, muy gordo. Crispinilla, que es la cortesana de rostro inocente, a la izquierda. Frente a Vitelio y Crispinilla, la actriz encargada de la parte de Lygia, muy gorda, muy grande, contrastando con la figura de Popea, delgadísima. Y el Galán Joven, que ensaya con traje de calle y rápidamente maquillado. Todos están adornados con guirnaldas de papel, lo que le da una gran impresión de miseria. En el estrado de la derecha, los artistas asirios tocan las arpas y la flauta. La Bailarina se quita el mantoncillo para bailar. Sirve a todos un esclavo de brazos peludos y groseros modales, que ofrece los man-*

jares a todos. Por la derecha acude corriendo y apurando una colilla el Apuntador con el manuscrito en la mano. No sin dificultades entra en la concha. El Director da unas cuantas palmadas para imponer silencio.) Silencio... Hagan ustedes el favor... ¡Silencio! ¿Están todos? *(Mirando a la bambalina.)* ¡Martín! ¿Está usted ahí?

VOZ. Estoy.

D. ESC. ¿Quién está?

VOZ. Soy yo que le estoy sustituyendo... No tenga usted cuidado.

APUN. Es un suplente que ha enviado el Sindicato, porque Martín no puede venir...

D. ESC. ¿Dónde está Martín?

VOZ. Tiene a su mujer de parto. *(Grandes carcajadas.)*

D. ESC. ¿Tiene usted preparadas las flores?...

VOZ. Sí, señor... No tenga usted cuidado...

D. ESC. ¿Y las rosas?

VOZ. Sí, señor.

D. ESC. ¿En cantidad?

VOZ. ¡Una cosa así!

D. ESC. ¿Sabe usted cuándo ha de echarlas?...

VOZ. Sí, señor, sí... No tenga usted cuidado...

D. ESC. No tenga usted cuidado... S i e m p r e igual... Mandan al ensayo un personal, y a la representación otro distinto... Sucede como con los músicos... Ensayan los suplentes y vienen al estreno los otros .. Lo que pasa en el teatro no sucede en ninguna parte... *(Dando unas palmadas.)* A ver... Vamos a empezar... Música... ¡El número primero! *(El pianista interpreta el "Epitalamio de Nerón", de Rubinstein. Los artistas hacen ademán de comer y beber, como si tomasen parte en un festín. El Director de escena se ha sentado en una silla, al lado de la batería.)* Prevenidos... Ahora se levanta el telón... ¡No! ¡No! Ese cuadro así está muerto... ¡Más vida! ¡Más movimiento! ¡Voluptuosidad! ¡Mucha voluptuosidad! ¿Es ésa toda la voluptuosi-

dad que pueden ofrecer ustedes? Es una orgía... ¡Una orgía imperial! Todos ustedes son patricios... Petronio da la nota de la elegancia... Nerón, no olvides la esmeralda... Mucha ferocidad en la mirada... Ironía, Petronio... Vinicio, más deseo... Lygia, tú eres la mártir... Resignación... Más alegría... Más fuego... Más... *(Deja de tocar el pianista.)* ¿Eh? Bueno... ¿Pero quién habla?

APUN. *(En voz muy alta.)* "¿Es la esclava de la que Vinicio...?"

NER. *(Distraídamente.)* ¡Ah! Soy yo... No lo sabía... *(Con énfasis.)* "Es la esclava de la que Vinicio se ha enamorado..." *(Mirando a Lygia a través de la esmeralda.)*

PETR. "¡Sí, César... Ella es..."

NER. "¿Cómo se llama?"

PETR. "Lygia."

NER. "¿La encuentra hermosa... Vinicio?"

PETR. "¡Sí, pero yo sé leer en tu pensamiento... Sé lo que te parece esa esclava... Demasiado estrecha de caderas. Es difícil apreciar la línea de una mujer cuando está tendida; pero ningún defecto escapa a tu mirada de artista... Es verdad... Es demasiado estrecha de caderas..."

NER. "Tienes razón... Es demasiado estrecha de caderas..."

POPEA. "¡Qué pesadez! ¿Para qué queréis más caderas?..."

NER. *(Sorprendido.)* ¡Eh! ¿Dice eso el libro?

POPEA. No; pero lo digo yo...

D. ESC. ¿Qué es lo que ha dicho usted?

POPEA. Nada... Que quiero hacer justicia a las caderas de esta señora... *(Señalando a Lygia.)*

LYGIA. Oiga usted... Puede usted dejar tranquilas mis caderas...

POPEA. ¡Por mí! Maldito lo que me interesan...

LYGIA. Ya lo sé... Lo que la interesaba a usted es mi papel...

POPEA. Me tiene sin cuidado el papel, aunque es evidente que ese papel me corresponde a mí.

D. ESC. La advierto a usted que para representar el papel de Lygia no basta sólo tener estrechas las caderas... Hay que tener también talento.

POPEA. Sí...; pero da la casualidad que no tienen talento más que las que van a verle a usted a su casa... Las que se niegan a ir, han de resignarse a no tener talento.

NER. *(Enfadado.)* ¿Pero se ensaya, o no se ensaya? *(Silencio. Pausa.)* "Tienes razón... Es demasiado estrecha de caderas."

POPEA. ¿Y eso es un espectáculo de arte? ¡Ja, ja!

D. ESC. ¡A callar! ¿Lo oye usted? O la impongo una multa... ¡Adelante!...

VITEL. *(Avanzando hasta Nerón.)* "Y yo también, Petronio... También yo opino como César."

PETR. "¿De veras? Pues justamente me estaba diciendo que eres idiota." *(Todos ríen.)*

D. ESC. ¡No! ¡No! ¡Vaya una manera de reír! Petronio, no olvide usted que es el árbitro de las elegancias... Debe usted reír elegantemente... *(Ríe.)* ¡Ja, ja, ja! ¿Comprende usted? ¡Elegancia! ¡Elegancia!

PETR. *(Imitándole.)* ¡Ja, ja, ja!... *(Estalla una carcajada general.)*

D. ESC. *(Fuera de sí.)* Si no hay formalidad suspendo el ensayo e impongo una multa a todo el mundo. ¡Vaya! No faltaba más... ¡Adelante!

VITEL. "Yo creo en los sueños y la sabia Séneca..."

D. ESC. Séneca era un hombre...

VITEL. *(Por el Apuntador.)* No le oigo nada...

APUN. Hay que aprenderse el papel.

VITEL. *(Rápido.)* Hay que aprenderse el papel...

D. ESC. Pero ¿se va usted a burlar de mí?

VITEL. ¿Yo? ¿Por qué? Repito lo que me dice el Apuntador.

D. ESC. Podía usted guardar esas gracias para el púplico. ¿No le remuerde a usted la conciencia de no haber hecho reír nunca a nadie?

VITEL. ¿Que no? ¡Y hay noches que se retuercen!

D. ESC. ¡Ya! ¡Ya! Será cuando representa usted algún drama... Espere usted... Prefiero que cortemos

toda esta parte... *(Se levanta, coge el libro del Apuntador y se acerca a Nerón y Petronio, con los cuales consulta los cortes.)*

NER. *(A Lygia.)* ¿No sabe usted? He ido a ver a la Echadora de cartas.

LYGIA. ¿Sí? ¿Y qué le ha dicho?

NER. ¡Lo sabe todo! ¡Lo ve todo! ¡Es prodigiosa! Me ha dicho que van a ofrecerme un contrato.

VITEL. *(Que ha oído estas palabras.)* ¿Un contrato? ¿Quién? ¿El nuevo empresario? ¿Ese que dicen que es un apóstol?...

NER. ¿Lo conoces tú?...

VITEL. No. Pero anoche me habló el Director... Yo no lo entendí bien... Creo que es un empresario que viene a contratar a la compañía entera para trabajar fuera del teatro...

NER. No me lo explico...

BAIL. *(Mirando a la sala.)* Pero ¿qué es eso? ¿Hay público en la sala? Siempre ha de suceder lo mismo... No se debe permitir que personas ajenas al teatro asistan a los ensayos... Es muy molesto... Así no se puede ensayar...

VITEL. Vamos, mujer... No sea usted así... Si no hay nadie... Serán los hijos del portero..., y la hermana de la taquillera..., y el padre del electricista..., y...

BAIL. Sí... Y aquellos que están allí, en las últimas filas...

VITEL. ¿Y qué más da?...

BAIL. ¡Claro! Figúrese usted que viene ese nuevo empresario..., el americano... O que está ahí, observándonos para elegir...

VITEL. ¡Bah!

D. ESC. ¡Vamos!... Fíjense ustedes... Se corta toda la escena hasta la risa de Vitelio... Luego sigue todo igual... A ver... Ríase usted, Vitelio...

VITEL. Voy... ¡Ja, ja, ja!...

D. ESC. Y sigue Nerón.

NER. "¿De qué se ríe, animal?"

VITEL. "Es que he dejado caer mi anillo, mi anillo de patricio, el anillo de mi padre..."

NER. "Que era zapatero." *(Vitelio comienza a buscar el anillo entre las ropas de Crispinilla.)*

NIGIL. "Busca lo que no ha perdido."

LYGIA. "Y que no le pertenecerá aunque lo encuentre."

CRISPI. ¿Quiere usted estarse quieto?

VITEL. Hago lo que marca el papel... *(Leyendo en el libro del Apuntador.)* "Busca el anillo entre los pliegues de la túnica de Crispinilla." ¿Es usted la que interpreta el papel de Crispinilla?

CRISPI. Sí, señor. Yo soy...

VITEL. Entonces en sus ropas es donde tengo que buscar el anillo... ¿A qué vienen esos remilgos?...

CRISPI. Pero basta con el ademán... Es usted un grosero... Un asqueroso...

VITEL. Llevo veinte años trabajando en el teatro, y todos mis papeles los hago a conciencia... Soy un artista sincero... Un realista...

CRISPI. Yo no le permitiré que me toque... No crea usted que soy una mujer como...

VITEL. ¿Como la romana que representa usted? ¡Pues podían haber dado el papel a otra!

CRISPI. No consentiré que se acerque...

VITEL. Como estuviéramos en los tiempos de Nerón, ya vería usted lo que hacía con usted.

CRISPI. ¿Pues y yo? ¿Sabe usted lo que hacía?

D. ESC. Bueno, bueno; basta ya... Sí que es una lástima que no vivan en los tiempos de Nerón... Adelante... Ahora viene una danza... El paso de la esclava asiria...

BAIL. ¿No podía usted decir que bajaran el telón?... Porque veo que hay gente en la sala, y no me gusta ensayar con público...

D. ESC. Es que precisamente yo necesito verla desde la sala... *(Gritando.)* ¿Están preparados arriba para la lluvia de rosas?

VOZ. Sí, señor, sí... No tenga usted cuidado.

D. ESC. ¿Sabe usted en qué momento debe empezar?

VOZ. Sí, señor... Lo sé.

D. ESC. Pues vamos allá... Mucha atención, ¿eh? Les ruego que pongan todos sus cinco sentidos y que cuiden los más pequeños detalles... No olviden ustedes que esto es un espectáculo de arte... *(Baja por la escalera a la sala.)* ¡Música! *(El Pianista comienza a ejecutar una danza oriental. La Bailarina inicia los primeros pasos, y de pronto da un grito y se detiene.)*

BAIL. ¡Ay! ¡Un clavo! ¡Me he clavado una tachuela! Esto es horrible... No barren nunca este escenario... *(Se arranca el clavo de la zapatilla.)*

D. ESC. A ver... ¡Pronto! Que pasen una escoba...

NER. *(A la Bailarina.)* ¿Te has hecho daño?

BAIL. No, no... Creo que no es nada. *(Un tramoyista empieza a barrer.)*

POPEA. Era lo que nos faltaba... Esta polvareda.

BAIL. Comprenderá usted que yo no voy a bailar con el escenario lleno de clavos.

POPEA. Pero es que vamos a coger una enfermedad. *(Comienza a caer una lluvia de rosas del telar.)*

TODOS. ¡Eh! ¡Eh! ¿Qué hacéis? Los de la lluvia...

NER. Me han dado en un ojo. ¡En un ojo! *(Coge una cosa que tendrá la montura de alambre.)* ¡Pero las tiran con alambre y todo! ¿Usted quiere que nos quedemos tuertos?

D. ESC. ¿Y quién les manda mirar al techo?... ¿Por qué miran al cielo? Porque cae una lluvia de rosas. ¿Y qué? Eso no puede asombrar a nadie... Y menos a Nerón .. No olviden ustedes que son nobles romanos, y que no les sorprende nada.

VITEL. Ni siquiera la dirección de usted. *(Todos ríen.)*

BAIL. Bueno, bueno... Vamos ya, maestro... *(El Pianista toca. Las esclavas asirias fingen tocar la música. La Bailarina danza. Las rosas caen. El Director de escena, en medio del pasillo de butacas, lleva el compás de la música.)*

LYGIA. "Marcelo... Mira qué ágil, qué hermosa... es esa esclava... Pues su belleza nada vale al lado de la de nuestra divina Popea..."

VINI. "Sí... Es hermosa... Pero tú eres mil veces más bella... Acerca tus labios a esta copa. Así

creeré que bebo tus besos." *(Lygia bebe.)* "Muéstrate desnuda, como Crispinilla... Los dioses y los hombres tenemos sed de amor."

VITEL. Es usted la que hace de Crispinilla, ¿no?

CRISPI. ¡Y dale!

VITEL. ¿Ha oído usted lo que acaba de decir Vinicio? O tiene amor al arte, o no lo tiene... ¡Quítese la ropa!

CRISPI. ¡Déjeme usted en paz!

VITEL. Estoy hablando en serio. Este es un espectáculo de arte... Hay que cuidar todos los detalles... En nombre de la verdad, en nombre de la belleza..., ¡a desnudarse! *(Pretende desnudarla.)*

CRISPI. ¡Ay! ¡Indecente! ¡Borracho! ¡Sinvergüenza!...

D. ESC. Pero ¿qué escándalo es éste? *(Se detiene la danza.)*

CRISPI. Yo no puedo trabajar con ese señor...

D. ESC. No hay manera de hacer un ensayo en serio.

BAIL. Le dije a usted que echara el telón... ¿Le parecerá a usted bien que se ponga una en ridículo delante de todas esas personas que vienen a ver el ensayo? Pues a mí, no... ¡Yo tengo mi amor propio!

VITEL. *(Dirigiéndose al público.)* Tiene razón... ¿Qué es lo que hacen ustedes ahí? ¿Quién los ha dejado pasar? A la calle... Durante los ensayos la entrada está prohibida... ¡Largo de aquí! ¡Vaya, hombre!...

D. ESC. *(Al público.)* Señores... Ruego a ustedes que abandonan la sala inmediatamente... Los artistas se niegan a continuar el ensayo, y me voy a ver obligado a dar órdenes terminantes al personal.

NER. No insistan ustedes, señores... No comprendo ese interés en presenciar los ensayos. Aquí no van a encontrar ustedes ninguna enseñanza. ninguna impresión de belleza, nada que eleve el alma. Ya lo han visto ustedes... Un ensayo es un espectáculo miserable... Nosotros sabemos que hacemos el ridículo... Evítennos ustedes su presencia. Después de ver un ensayo

supongo que saldrán ustedes de aquí lo suficientemente aburridos para que el teatro les inspire una aversión eterna. Créanme... Váyanse... No nos hagan sufrir más tiempo el dolor de sonrojarnos ante ustedes...

FREGO. *(Desde la sala.)* ¿No podrán hacer una excepción en mi favor? *(El doctor Frégoli va acompañado del Director-Empresario. Todos los artistas avanzan, curiosos, hacia la batería.)*

DIR. *(Subiendo a la escena acompañado del doctor Frégoli.)* Tengo el honor de presentar a ustedes al doctor Frégoli, un empresario que quiere contratar unos cuantos artistas de talento. Por espíritu de solidaria confraternidad y porque conozco la trascendencia de sus proyectos me he propuesto darle todo género de facilidades. De acuerdo conmigo ofrecerá a ustedes diversos contratos y dispondrá de todos los artistas conforme los vaya necesitando. El doctor Frégoli es nuestro huésped... El mío... El vuestro... ¡Sea bienvenido a esta casa!

FREGO. Mil gracias, señor Director. Pocas palabras bastarán para explicar a ustedes mis proyectos. Es verdad que soy empresario, pero mi teatro es un teatro especial. No hay decorado, ni telones, ni concha para el apuntador. Mi teatro se llama el Teatro de la Vida. Es un teatro que tiene sus ventajas y sus inconvenientes.

DIR. Perdone usted, doctor, pues temo que no le comprendan a usted... *(De los artistas salen murmullos y frases de protesta.)*

VARIOS. Claro que lo entendemos... No somos tan torpes.

FREGO. Me propongo crear al lado del teatro profesional, donde se fabrica la ilusión, un teatro de sociedad que lleve sus productos a domicilio... Yo soy un actor tambien, que trabaja en la escena de la vida. Venid conmigo vosotros, los dueños de la ilusión. Se trata de la salvación de la humanidad, y yo tengo fe en la misión del artista.

BAIL. Me parece que he comprendido... No estoy muy segura..., pero...

DIR. Si usted me lo permite, aclararé sus proyectos con algunos ejemplos.

FREGO. Con mucho gusto.

DIR. En la vida hay muchos infelices que no se mueren de hambre. No les falta el pan, pero sí la belleza, la salud, la juventud, el amor. Para estos desventurados no existe más que un remedio. ¡La ilusión! Veis, por ejemplo, un anciano que está solo en la vida. No carece de lo necesario, pero nadie se interesa por él. Y así no puede vivir. Necesita un amigo... Y aquí empieza a dar su fruto la empresa del doctor Frégoli. Bajo la dirección del doctor Frégoli, uno de ustedes interpretará el papel de amigo y camarada, y el infeliz anciano sonreirá dichoso...

FREGO. ¡Eso es! ¡Justamente!...

DIR. Una muchacha delicada, enferma, imposible, que sufre y agoniza... Hay que ofrecerla un buen mozo, joven y guapo, que la finja amor. *(Los actores ríen.)*

FREGO. ¿Por qué no? ¿No lo están ustedes haciendo constantemente en el escenario? ¿No dicen ustedes a diario frases de amores y prodigan caricias a unas actrices viejas que repugna el verlas?

DIR. Y los niños enfermos, tristes, pobres... El doctor Frégoli os disfrazará de clowns, de payasos, de polichinela, para que los divirtáis. Seréis los juguetes vivientes para proporcionar la ilusión a los chicos y a los grandes...

VITEL. Perdón, doctor. ¿Ese proyecto es en serio?

FREGO. Si ustedes aceptan, sí...

VITEL. Es que yo me echo a temblar en cuanto me vienen a hablar de obras filantrópicas... Ya sé que no cobramos.

FREGO. ¿Cree usted que habría muchos médicos si los clientes no pagaran? Es posible que algún día el Estado tome por su cuenta el Monopolio de

la Ilusión... Mientras tanto, yo, como empresario, garantizo todos los gastos.

DIR. El doctor Frégoli necesita ahora un galán joven, un actor de carácter y una dama joven. Calculando tres veces la jornada legal, paga triple sueldo. El contrato es por un año.

BAIL. ¿Le sirvo yo?

FREGO. Desde luego.

VITEL. ¿Y yo? ¿Le convengo?

FREGO. ¡Cómo no!

D. ESC. *(A la Bailarina.)* Usted no puede contratarse... ¿Y la danza de mi *Quo Vadis?* Nadie la puede reemplazar.

BAIL. ¡Bah! Bastante le importo yo... Al público le da lo mismo... El arte... Echele usted una cara graciosa y un par de pantorrillas al público..., y verá usted dónde va el arte.

D. ESC. Pero ¿se va usted a separar de su marido?

NER. A mí también me contrata el doctor Frégoli.

D. ESC. *(Aterrado.)* ¡Y me deja usted también! Esto es una catástrofe...

DIR. Se lleva usted los mejores pájaros de mi jaula...

D. ESC. Hay que buscar las sustituciones. Es menester que hablemos.

LUCA. Yo podría hacer el papel de Nerón.

NIGIL. Y yo el de la bailarina. Tengo el tipo más asirio. *(Los artistas se agrupan al lado de los directores.)*

BAIL. *(Al doctor Frégoli.)* Usted dirá qué papel tengo que representar.

FREGO. Va usted a ser la doncellita alegre y pizpireta... Nuestro teatro es una cosa muy triste, amigos míos... Hay que transformarlo. Es una modesta pensión de familia... La dueña se llama doña María. Uno de los muchachos, un chico joven, ha querido ahorcarse. La hija de doña María se consume de lánguida. Es urgente la intervención del teatro.

VITEL. ¿Qué personaje me reserva usted?

FREGO. Será usted un médico... Un médico militar re-

tirado. La risa es el mejor de los remedios, y hacer reír es la especialidad de usted.

VITEL. Pero ¿cómo?

FREGO. Usted alegrará la mesa a las horas de la comida contando cosas graciosas... Ya digo a ustedes que hay que alegrar aquella casa.

VITEL. Comprendido.

FREGO. *(Al Galán-Joven-Nerón.)* Usted será Don Juan... Mejor dicho, será usted Romeo.

NER. Me gusta.

FREGO. Se presentará usted como un modesto agente de seguros, pobre. simpático, irresistible... Dará usted la ilusión del amor a la joven lánguida, se hará usted el amigo inseparable del estudiante pesimista. *(Coge las manos del Galán y de la Bailarina.)* La coquetería de una mujer y la amistad de un hombre van a curarle la manía del suicidio. Como ustedes ven, los papeles no son difíciles. Yo mismo iré a vivir a la pensión, y seré el señor Sdmint, vendedor de discos de gramófonos. Soy, pues, ya el señor Sdmint... ¡No lo olviden!

BAIL. Señor Sdmint. Muy bien.

NER. Señor Sdmint... Yo creo en la cartomancia... ¿Y usted?

FREGO. ¿Yo? Depende de la cartomántica.

DIR. *(Acercándose.)* ¿Están ustedes de acuerdo?

FREGO. Sólo falta firmar los contratos.

DIR. Pues pasen a mi despacho.

FREGO. Vamos, señores. *(Vase con la Bailarina, el Galán y Vitelio.)*

D. ESC. *(Dando unas palmadas.)* Vamos a ensayar... Ya está variado el reparto... Estamos de acuerdo, ¿no? Yo haré el papel de Lucano; Garasy, el de la señora Carlot, la esclava asiria. ¡Ea! A empezar... Música. *(El piano comienza a tocar.)*

LUCA. ¿Es la esclava de la que Vinicio se ha enamorado?

PETR. Sí, César... Ella es.

LUCA. Lygia.

LUCA. ¿La encuentra hermosa Vinicio?
PETR. Sí; pero yo sé leer en tu pensamiento... Sé lo que te parece esa esclava... Demasiado estrecha de caderas.
LYGIA. Me parece que todavía hay gente en la sala viendo el ensayo.
POPEA. ¿Y qué más da?... Cuando venga el público oirá también lo que dicen de las caderas de usted.
LYGIA. Ya me lo figuro.
POPEA. Es que me había parecido que la frasecita la molestaba a usted...
LYGIA. ¿A mí? ¡Está usted loca, señora! *(Arman una bronca morrocotuda, imponiendo inútilmente su autoridad el Director.)*
D. ESC. ¡El telón! ¡Que echen el telón!

TELON

ACTO SEGUNDO

Modesto comedor de una casa de huéspedes. A la izquierda, que es la de la habitación que ocupan el Empleado y su hijo Federico. También a la izquierda y haciendo chaflán, puerta que se supone es la que conduce a la cocina. Puerta al foro, que es la de entrada, en su parte de la derecha, y en la izquierda, habitaciones interiores. A la derecha, otra puerta, que es la habitación que ocupa la Institutriz. Haciendo chaflán, otra puerta, que es la que conduce a las habitaciones particulares de doña María y su hija Lydia. Pocos muebles. Un aparador, un sofá, una mesita con un gramófono, mesa de comedor y sus correspondientes sillas. Todo modesto pero limpio.

(Al levantarse el telón la doncella Anita (la Bailarina) saca brillo al piso. Federico, apoyado en la puerta de su habitación, con un libro en la mano, no deja de contemplarla. Federico, después de una larga pausa, parece dudar, como si buscara un pretexto para que le sirva de motivo de conversación.)

FEDE. Pero... ¿no le duelen nunca las piernas, Anita?
ANITA. *(Muy alegre.)* ¿A mí? No... Esto es cuestión de costumbre.
FEDE. No lo comprendo... Es terrible ese trabajo.
ANITA. ¿Trabajo esto? ¡Ca! Esto no es trabajar... En mi casa, en el campo, sí que se trabaja. Sobre todo en la época de la siega... Hay que levantarse a las tres de la madrugada y arrastrarse por el campo todo el día de Dios. ¡Aquello sí que es trabajar!
FEDE. *(Después de una pausa.)* ¿Tienen ustedes biblioteca en el pueblo?
ANITA. No sé... Cuando yo estaba no la había. Ahora puede que sí.
FEDE. ¿Le gusta a usted leer?
ANITA. A veces... En el pueblo, el cura nos leía libros religiosos.
FEDE. En casa de la artista donde ha estado usted sirviendo no habría muchos libros religiosos...
ANITA. En primer lugar, ¿quién le ha dicho a usted que he estado sirviendo en casa de una artista?
FEDE. Doña María... Se lo he preguntado yo.
ANITA. Es usted más curioso que una mujer.
FEDE. Quería enterarme.
ANITA. ¿Qué libro es ése que tiene usted?
FEDE. Un libro escrito en latín.
ANITA. ¡Qué cosas inventan! Diga usted... ¿Qué es el latín?
FEDE. Una lengua muerta.
ANITA. ¿Una lengua muerta? ¡Uf! ¡Qué asco!
FEDE. No, Anita... Una lengua muerta es una lengua que no se habla.
ANITA. ¡Una lengua muerta! ¡A mí me daría miedo!
FEDE. ¿Tiene usted miedo a la muerte! ¡Qué tontería! Yo no tengo miedo...
ANITA. Sí, ya sé... Usted tiene miedo a la vida... Ya me ha dicho la señora que ha querido usted suicidarse...
FEDE. ¡Bah! *(Oyese un timbre.)*
MARIA. *(Entra con una cacerola.)* ¿Ha oído usted, Ani-

ta? Ha llamado el número cuatro. *(Vase doña María.)*

INSTI. *(Vieja, delgada y antipática, sale furiosa de su cuarto.)* Pero ¿está usted sorda, criatura?

ANITA. Estaba acabando de encerar el piso.

INSTI. ¿A mediodía? Eso se hace a las seis de la mañana.

ANITA. Claro. Para no dejar dormir a nadie.

INSTI. Además, hoy es domingo. Debió usted hacer esa operación ayer, sábado.

ANITA. Si no me hubiera usted enviado ayer a la botica a comprar la purga.

INSTI. No grite usted tanto... No hay necesidad de que la gente se entere... Vaya usted a arreglar mi habitación. *(Vase Anita cuarto Institutriz.)*

FEDE. *(Sirviéndose un vaso de agua.)* La verdad es... que con ese genio que usted gasta... aquí no va a parar nunca una criada... que esté bien...

INSTI. Vamos. ¿Le parece a usted bien la criadita? Le ha gustado, ¿verdad? Menos mal... Así no pensará usted en suicidarse otra vez... ¡Vergüenza debía darle!

FEDE. ¡Usted qué sabe, señora! *(Aparece Anita con un objeto cualquiera.)*

INSTI. Podía usted levantarse un poco más la falda. ¡Apenas se le ven las pantorrillas!...

FEDE. ¿Quiere usted que se ponga un traje de cola para dar cera al piso?

INSTI. ¡No hablo con usted! ¡Ridículo! ¡Miren el protector de las criadas!

LYDIA. *(Sale de su cuarto. Viste modestamente; lindamente peinada, compuesta y embellecida.)* ¿Qué sucede? ¿Qué sucede? Siempre disgustados por pequeñeces... *(Se sienta delante de la máquina de escribir.)*

INSTI. No... Si ahora resultará que yo soy la culpable... la quisquillosa.

MARIA. *(Vuelve con la cacerola.)* Vamos, cálmese, doña Transverberación... No es para tanto... *(Federico hace un gesto de desprecio y se entra en su cuarto.)*

LYDIA. Créame usted, doña Transverberación... Anita es una perla... Limpia, trabajadora, simpática...

INSTI. ¡Una perla! ¡Una perla! Claro... Como la ha enseñado a usted a ondularse el pelo, a darse rojo en los labios y a componerse... Se figura usted que no lo sé... Pues lo sé todo... ¿Oye usted? Todo...

LYDIA. Que sea enhorabuena. No sabía que teníamos policía en casa...

INSTI. *(A doña María.)* Vea usted la educación que recibe su hija. *(Sale Anita de la cocina y hace mutis por el cuarto de la Institutriz.)*

MARIA. No se haga usted mala sangre... No sea usted así... Anita no sólo es una buena muchacha... Es que ha traído la alegría a esta casa... Desde que vino, hace un mes, me parece que ha entrado un rayo de sol que nos ilumina y nos calienta...

INSTI. Será a usted... Yo no tengo necesidad de ningún rayo de sol que me caliente... A las criadas las pido que me sirvan, que me traigan una palmatoria o la lámpara... Pero no las pido el sol... No soy supersticiosa ni creo en brujas, como usted... ¡Soy una mujer de ciencia!

MARIA. Tengo razón para ser supersticiosa, porque todo lo que me dijeron las cartas se ha realizado... Me dijeron que tendría nuevos huéspedes... ¡Y han venido! Me anunciaron que la salud de mi hija mejoraría, y ahí la tiene usted, que ya apenas tose por las noches... Me dijeron que Federico abandonaría sus ideas negras...

INSTI. ¡Y se ha enamorado de la criada! ¡Muy bonito!

LYDIA. ¡No discutas, mamá! Si doña Transverberación no está a gusto en casa, no tiene más que marcharse... Nadie se lo impide... *(Suena el timbre dentro.)*

INSTI. ¡Ah! ¿Sí? Sepa usted, señorita, que cuando su

mamá tuvo necesidad de recursos para cuidar a usted, yo no vacilé en pagarla cinco meses adelantados. ¿Se entera usted?... ¡Aquí estoy y aquí me quedo! *(Vuelve bruscamente y se da de bruces con Anita, que sale de su cuarto.)* ¿Está usted ciega? *(Entra furiosa en su habitación, dando un golpazo con la puerta. Anita procura disimular la risa, y vase corriendo hacia el foro.)*

MARIA. *(Siempre con la cacerola.)* ¡Qué carácter, Dios mío! No sé cómo la aguantan sus discípulas...

LYDIA. ¡Calla, mamá! Si no la llaman más que la bruja... *(Entra el Empleado y el Cómico, alegres, de buen humor y cogidos del brazo. El Cómico se ha caracterizado dejándose un bigotillo gris. Lleva gafas azules con cordón negro. Su aspecto es el de un militar retirado. Saludan a doña María y a Lydia.)*

MARIA. *(Al verlos.)* ¡Ah! Ya están ustedes de vuelta... Había mucha gente en la misa de diez, ¿verdad? Cuánto me hubiera gustado ir... ¡Pero hay tanto que hacer en casa!

EMPL. La traigo a usted estas flores...

MARIA. ¡Qué bonitas son! Muchas gracias.

COM. *(A Anita, que entra.)* Oye, Anita... Cepíllame un poco la espalda. Vengo lleno de basura... *(Se coloca detrás de Lydia, que está escribiendo a máquina.)*

EMPL. ¡Y Federico! ¿No se ha levantado?

MARIA. ¡Ya lo creo!

EMPL. ¡Pobre hijo mío! Ha pasado una noche muy agitada. Ha debido estudiar mucho... Voy a verle... *(Entra en su cuarto. Doña María vase a la cocina con la cacerola, batiendo salsa.)*

COM. ¿Está en casa el señor Edmint?

LYDIA. No, salió para ir al despacho.

COM. ¡Pero si hoy es domingo!

LYDIA. Creo que recibió ayer un envío de discos y habrá ido a desembalarlos... Ya verá usted cómo nos trae alguna novedad...

COM. Menos mal... Tendremos hoy un buen concier-

to... Es muy simpático el señor Edmint, ¿verdad?

LYDIA. ¡Oh! Es muy bueno. ¡Y tan cariñoso! Cuando me ve un poco triste, en seguida pone en marcha el gramófono...

COM. ¿Y se va la tristeza?

LYDIA. Algunas veces... Casi siempre.

COM. ¿Y don Víctor?

LYDIA. *(Rápidamente.)* Es muy amable también.

COM. No digo eso... Pregunto si se ha levantado.

LYDIA. Todavía no.

COM. Por lo visto se le han pegado las sábanas.

LYDIA. Creo que se retiró tarde... Tenía anoche una reunión importante en la Sociedad de Seguros.

COM. Sí... Habrá pasado la noche en el cabaret. No. No es que yo quiera decir que ha estado bebiendo...

LYDIA. ¿Pero bebe? ¿Usted cree?

COM. ¿Le interesa a usted?

LYDIA. La bebida es mala para la salud, y don Vícotr no es un hombre fuerte...

COM. No sabía que se preocupaba usted tanto por la salud...

LYDIA. Es natural... Aunque no sea más que por humanidad...

COM. Sí... sí...

LYDIA. No le entiendo a usted...

COM. ¡Vamos! No disimule usted... Diga la verdad...

LYDIA. Diga usted... Cuando un hombre estrecha la mano a una mujer y la retiene entre las suyas...

COM. ¿Qué?

LYDIA. ¿Qué quiere dar a entender?

COM. Hija mía... Eso no lo ignora nadie... Es la primera manifestación de amor...

LYDIA. Usted se quiere burlar...

COM. Nada de eso... Vamos a ver... Cómo hace... Deme usted su mano... *(Se la estrecha.)* ¿Así? ¿Es así?

LYDIA. Sí, señor, sí... ¡Así! ¡Así!

COM. No hay duda, es el amor. ¡Se lo juro a usted! Está enamorado ..

LYDIA. Pero... no... no es posible... Eso sería... Sería demasiado... ¡Dios mío!

MARIA. *(Entrando con la cacerola.)* Lydia... Hija mía... Ayúdame un poco... Anda... Toma la cacerola... No puedo más... Se me ha quedado dormida esta mano. ¡Bate, bate!... *(Por el foro entra Víctor Galán.)* Buenos días, don Víctor... ¡Ya era hora!... Creíamos que iba usted a pasarse el día de campo en la cama... *(Víctor estrecha las manos de Lydia y doña María.)*

VICT. *(A Lydia.)* ¡Qué fría tiene usted la mano!

COM. ¡Corazón caliente! ¡Corazón caliente! ¡Ja, ja, ja!...

VICT. ¿Está fría la mañana?

MARIA. ¿La mañana? ¡Pero si es ya la hora de almorzar!... ¡Y que le he preparado a usted un plato!... ¡Ya verá, ya verá! Se va usted a chupar los dedos de gusto.

COM. Supongo, doña María, que esas atenciones no serán sólo para don Víctor...

MARIA. ¡Ay, que le veo a usted de venir!

COM. ¡Oh! Ya sabe usted que soy muy morigerado.

MARIA. Vamos, que lo que usted quiere es una copita de vino blanco con aperitivo...

COM. Eso es... Pero no una copita... Al ser posible una copa .. *(Vanse Lydia y doña María a la cocina. Víctor y el Cómico las siguen con la mirada. Apenas han salido, el Cómico da un golpe en el vientre a Víctor y rompen a reír los dos. Anita se presenta en el mismo instante.)*

ANITA. ¡Chist! Pero ¿os queréis callar? ¿Estáis locos?... No veis que podéis despertar sospechas...

COM. ¿Sospechas? ¡Bueno! Estas gentes son demasiado sencillas, demasiado crédulas para sospechar nada... ¡Habían de estar ante la evidencia y no lo creerían!

ANITA. Es posible... Pero más vale tomar precauciones... Y ya que estamos solos voy a aprove-

char la ocasión para decir a usted que abusa usted un poco, ¿eh?

COM. ¿Yo?

ANITA. Ayer me ha hecho usted que le limpiara tres veces los zapatos...

VICT. Es verdad... Me lo dijo Anita... Comprenderás que eso no está bien. Estamos o no estamos entre compañeros...

COM. ¡Qué queréis! ¿Que me los limpie yo?

VICT. ¡Hombre! Ya ves que yo me los limpio...

COM. Pues muy mal hecho... Así es como al fin llegaréis a hacer que sospechar... Se escamarán primero... Luego verán que la doncella tiene las manos demasiado blancas, y por el hilo sacarán el ovillo... ¡No!... Hay que trabajar con naturalidad... ¡La verdad! ¡Siempre la verdad!

ANITA. ¡Bueno!... Usted ya sabe lo que le quiero decir...

COM. ¿Yo?

ANITA. Sí... Usted hace esas cosas para humillarme, para imponerme un trabajo inútil... De sobra le conozco a usted.

COM. Pero si usted está contentísima con el papel que representa... He observado que se complace usted en él y cuida hasta los menores detalles... Creí que le agradaba a usted que la tratasen en criada... en verdadera criada...

ANITA. Estoy contenta, sí, señor... Contenta de que mis condiciones de artista se empleen en algo útil. Yo he tenido siempre la aspiración de ayudar a los desgraciados... He sentido la necesidad de sacrificarme... Pero usted parece que se complace en mandarme siempre las cosas más vulgares, más repugnantes...

VICT. No olvides que, en la realidad, es mi mujer. Tú haces demasiado a conciencia tu papel, y como aquí no hay apuntador que te contenga, te abandonas a la inspiración... Bueno que quieras llevar el papel que desempeñas a los extremos límites de la realidad, pero no hay que

excederse... Recuerda que es mi mujer... ¡Que no es la criada!...

COM. ¡Ea! ¡Se acabó! Yo no aguanto más esto... ¡Vaya! Tú estás a gusto porque te han repartido el papel simpático... Además tienes a tu mujer contigo, comes, bebes, te paseas, no haces nada y coqueteas un ratito con la hija de la patrona... La cosa es muy cómoda... En cambio a mí me ha tocado el hueso... Soy una especie de bufón que he de hacer de carabina de un viejo decrépito, acompañarle a la novena y jugar con él a las damas, dejándome ganar, para que esté contento. Como compensación, tengo que poner los ojos tiernos a una vieja institutriz, más fea que Picio, y pasarme la vida contando historietas y chascarrillos alegres.

VICT. También nos dan el triple de sueldo.

COM. ¡Pero sí deberían cubrirme de oro!

ANITA. ¡Siempre está usted gruñendo!

COM. Si este empresario chalado que nos ha tocado en suerte quiere utilizar los talentos de los artistas como yo, que llevo veinte años en escena, que me pague... Que me pague lo que merezco.

ANITA. Usted aceptó las condiciones...

COM. Yo no sabía que estaba obligado a comer en esta pensión... ¡Fijarse bien! He adelgazado...

VICT. ¡Vete al restaurant!

COM. No puede ser... Me lo prohibe el contrato.

ANITA. *(Que está vigilando.)* ¡Cuidado!... Viene gente.

INSTI. *(Al Cómico.)* ¡Doctor! ¡Ya está usted de vuelta!

COM. Buenos días, doña Transverberación... ¿Cómo va esa salud?

INSTI. Así, así, amigo mío... Así, así. He dormido muy mal. He pasado una noche agitadísima... Precisamente quiero consultarle... *(Anita empieza a poner la mesa.)*

COM. Estoy a sus órdenes... Aliviar los padecimientos del prójimo es el deber del médico. Pero cuando se trata de usted, el deber es de los más agradables...

INSTI. *(Coqueteando.)* ¡Adulador! Yo desconfío siempre de los aduladores... ¡No los puedo ver! ¡No los puedo ver! ¿Quiere usted pasar a mi cuarto?

COM. Con mucho gusto. *(Entran los dos en la habitación de la Institutriz.)*

ANITA. Con tal de que no la recete algo que la haga daño.

VICT. ¡Bah! No se perdería gran cosa.

ANITA. Se han dejado aquí un libro...

VICT. A ver... *(Leyendo.)* "Tres millones de chistes." Tiene gracia. De aquí son las historias que luego nos cuenta en la mesa...

ANITA. La señorita. *(Continúa poniendo la mesa.)*

LYDIA. *(Entrando.)* En seguida, mamá. *(Coge un plato y vase.)*

VICT. *(Guardando el libro.)* Llega a tiempo porque hoy tengo que hacerla la declaración de amor... ¡La declaración!... El doctor Frégoli cree que ha llegado el momento...

ANITA. A ver lo que haces, ¿eh?

VICT. Ya comprenderás que tengo que poner un poco de fuego.

ANITA. Bueno, bueno... Ya sabes de sobra lo que te digo.

VICT. ¡A ver si vas a tener celos ahora! ¿Te digo yo algo cuando te veo coquetear con el estudiante... con Federico?...

ANITA. No faltaría más...

VICT. Tú dirás... a qué hemos venido a esta casa.

LYDIA. *(Entrando.)* Anita... Mamá la llama.

ANITA. Voy en seguida. *(Víctor aparte al pasar.)* Cuidado, ¿eh?

LYDIA. ¿Le parece a usted bien que demos la lección?

VICT. Vamos ya... Tengo ganas de saber escribir a máquina con rapidez... En la oficina soy el único que no sabe... Y no puedo competir con mis compañeros ni en ligereza ni en claridad...

LYDIA. Pues no perdamos el tiempo... Siéntese usted.

VICT. *(Sentándose a la máquina.)* La mano derecha va bien... La izquierda es más torpe.

LYDIA. Escriba usted unas cuantas palabras separándolas todas poniendo comas...

VICT. Entendido.

LYDIA. No olvide usted el pedal para las mayúsculas...

VICT. Perfectamente.

LYDIA. *(Va leyendo lo que escribe Víctor.)* Cuando... coma... usted..., coma..., escriba... coma... Ya se le ha olvidado a usted la coma... Yo..., coma..., admiro..., coma..., sus lindas manos. No está mal, no, pero hay que escribir más de prisa... Así... *(Se sienta a escribir.)*

VICT. *(Leyendo por encima del hombro de Lydia lo que ésta escribe.)* "No me gustan los cumplimientos... Si se burla usted de mí, Dios lo castigará." Espere... Espere usted... Voy a escribir yo ahora...

LYDIA. Ponga usted en vez de las comas puntos.

VICT. Comprendido. *(Mientras él escribe, ella sigue lo escrito ansiosamente con la mirada. Anita entra, coge una ensaladera y vase furiosa.)* A ver ahora.

LYDIA. *(Leyendo.)* "Yo no adulo nunca... La bondad y la sinceridad son las cualidades que más prefiero. Como usted las posee, me atrae usted más que todas las muñecas sin alma." Está bien. *(Ríe nerviosa.)* No hay casi ninguna falta... Pero ha olvidado usted poner los puntos...

VICT. Los puntos están al final... Son puntos suspensivos... *(La coge la mano.)* ¿Qué la parece a usted? *(Entra de nuevo Anita y coloca platos y vasos sobre la mesa. Víctor, al verla, tose, haciéndola señas para que se vaya.)*

LYDIA. Voy a contestar a usted *(Escribiendo.)* Ya está. Pero no lo lea usted en alta voz. *(Emocionada, tose.)*

ANITA. Ha tosido usted, señorita... ¿Quiere usted que la traiga un jarabe?

LYDIA. Sí, sí... Muchas gracias. *(Vase Anita a la habitación de doña María.)*

VICT. *(Después de leer lo escrito por Lydia.)* Lydia...

A la pregunta que usted me hace sólo contestaré con dos letras... Una palabra en la que se encierra toda mi vida. *(Escribe dos letras.)*

LYDIA. *(Leyendo.)* ¡Sí! *(Pausa. Emocionadísima.)* ¡Sí!

VICT. Sí... Y en cuanto me conozca mejor no dudará usted...

LYDIA. Tengo miedo... Me cuesta trabajo creerlo... No sé... No sé... *(Sus ojos llénanse de lágrimas. Coge la hoja de papel y se la lleva a los labios.)*

ANITA. *(Entrando.)* Aqui está el jarabe... *(Se detiene estupefacta. Víctor vase rápidamente y desaparece por el foro. Lydia se tambalea. Anita recobra la calma.)* El jarabe... ¿Quiere usted un poco de agua?

LYDIA. No quiero, no... Gracias... *(Mientras esconde en el pecho el pliego de papel, solloza.)*

MARIA. ¡Eh! Pero ¿qué es eso? ¿Qué te pasa, hija mía? ¿Qué tienes? ¿Qué la ha sucedido?

ANITA. No sé... La he preguntado si quería un vaso de agua...

MARIA. Vaya usted a vigilar el almuerzo. Hágame el favor. *(Vase Anita.)* Contéstame, hija mía... ¿Qué tienes?

LYDIA. *(Abrazándola.)* Nada, mamá... Que soy muy dichosa... Muy dichosa... *(Besa y abraza a doña María.)*

MARIA. Pero... ¿estás loca? ¡Me vas a ahogar! *(Oyese hablar dentro. Se abre la puerta del número tres y salen el Cómico y la Institutriz. Al verlos, Lydia corre a su cuarto número tres. Doña María va detrás de ella.)*

COM. Tiene usted razón, amiga mía... Lo esencial es el régimen.

INSTI. Mil gracias, doctor. Y perdone usted que no me haya dejado auscultar... ya sé que un médico no es un hombre.

COM. Cuando está con sus enfermos...

INSTI. Sí, sí... Pero ¿qué quiere usted? ¡Mis principios!...

COM. ¡Comprendido! ¡Comprendido!

INSTI. *(Mirando a la puerta de la cocina.)* ¡Ah!
COM. ¿Qué?
INSTI. Nada. Que acabo de ver a Federico, el misántropo, dirigirse a la cocina... ¡Claro!
COM. Es un demócrata... Le tira el pueblo.
INSTI. Es escandaloso. ¡Una pensión de familia!
COM. Para que no se vayan las criadas hay que pasar por muchas cosas...
INSTI. *(Observando.)* ¡Hola! También va a la cocina don Víctor. Pero ¡qué tiene esa mujer para que la persigan así los hombres!
COM. El atractivo de la vulgaridad.
INSTI. ¿Ha observado usted que Federico no hace más que beber agua?
COM. No. Es curioso...
INSTI. ¡Es que la pasión le abrasa!
COM. ¿De veras? Pues a ver si entiende usted lo que quiere decir esto... *(Se llena un gran vaso de agua y se lo bebe de un trago.)* ¿Eh?
INSTI. Por Dios, caballero... ¡Cómo voy a creer!
COM. ¡Yo he bebido!
INSTI. ¡Bah! Usted está siempre de broma...
MARIA. *(Sale muy alegre.)* Vamos a almorzar, que ya es la hora... ¡Anita! ¡Anita! A servir la mesa... ¿No ha venido el señor Sdmint? Qué raro... El, que es siempre tan puntual. *(Víctor y Federico entran juntos comentando el libro de chistes que Víctor tendrá en la mano.)* Federico... Llame usted a su papá. *(Federico se dirige a su cuarto. Víctor avanza al primer término, donde se reúne con el Cómico.)*
COM. Oye, tú... Dame mi libro...
VICT. ¿Qué libro?
COM. No te hagas el tonto... Lo tienes tú... Lo he visto... Venga... *(Disputan. Lydia sale de su habitación tranquila y compuesta; se habrá puesto otro vestido.)*
INSTI. *(A Lydia.)* ¿Está usted de mejor talante?
LYDIA. ¡Yo estoy siempre de buen humor!
INSTI. Menos mal. *(Se sienta en la mesa y se entretie-*

ne en limpiar todo, el tenedor, el plato, la copa, etcétera.)

COM. *(A Víctor.)* Te digo que me lo des... Lo necesito...

VICT. Lo tiene Federico... Se lo he dado para que se entretenga.

COM. Pero no comprendes que me hace falta... Tengo que contar todos los días tres o cuatro chascarrillos...

VICT. ¡Hola! De manera que nos contabas chistes viejos... *(Federico y el Empleado salen de su cuarto y se sientan a la mesa.)*

COM. (Ya me estás dando el libro.)

VICT. (Te fastidias, que no te lo doy... ¿Qué creías tú? ¿Que no me iba yo a cobrar las porquerías que has estado haciendo a mi mujer? Lo que es hoy vamos a ver cómo te las arreglas para hacernos gracia.)

COM. (¡Ah! Sí.. Me las pagarás. ¡Te juro que me las pagarás!) *(Se dirige al foro.)* ¡Ah! Aquí está el señor Sdmint. ¡Música! ¡Música! *(Coloca en marcha el gramófono, que toca una marcha militar.)* ¡Viva el señor Sdmint! *(El señor Edmint es el doctor Frégoli. Al entrar hace un saludo militar. Lleva un paquete que entrega a Anita. Se ha caracterizado en forma que está desconocido: pelo rizado, patillas, unos lentes; su traje es llamativo; anda gravemente hecho un soberano que desfila delante de su corte. Estrecha las manos a su paso, sonríe y saluda. Anita, en tanto, ha destapado el paquete, sacando frutas y dulces que colocará en los platos. Al coger el periódico en que venían envueltos, para tirarlo, fija su mirada en él; interesada, se dispone a leer. Sdmint avanza hasta primer término y saluda a Víctor.)*

VICT. ¡Salud al representante de los discos de Chicago! Edisson es Dios, y el señor Sdmint su profeta.

SDMIN. Salud al agente de la Compañía "La doble salamandra".

VICT. Me han dicho que nos prepara usted una sorpresa.

SDMIN. ¡Eh! Se dicen tantas cosas.

VICT. Pues yo sí que le voy a dar a usted una...

INSTI. *(Tapándose los oídos.)* ¡Oh! ¡Qué música tan nisoportable! *(Se levanta, detiene el gramófono y vuelve a la mesa.)*

VICT. *(A Sdmint.)* Esta mañana me ha escrito la echadora de cartas... Vea usted... *(Le da una carta.)* ¡Es prodigioso!

SDMIN. "Se sabe ya cómo se llama la tercera mujer del monstruo... Se llama Blanquita."

VICT. ¡Me parece que vamos a pescar al trígamo! ¡Qué triunfo para mí! *(Recoge la carta y vase a la mesa.)*

COM. *(Que estará observando atentamente a Anita.)* ¿Qué estará leyendo tan entretenida?

MARIA. ¡Anita! Vamos, hija mía ...Ayúdeme usted. Los entremeses, de prisa. *(Anita, como si despertara de su sueño, vuelve a la realidad al oír a doña María. Al salir, el Cómico la quita el periódico.)*

COM. ¡Espere! ¡Espere!... Déjeme usted. *(Coge el periódico y lo recorre ansioso con la mirada.)*

LYDIA. *(A Víctor.)* ¿Qué quiere usted? ¿Prefiere una copa de vino blanco?

VICT. Bueno.

LYDIA. Me han dicho que bebe usted, ¿es verdad?

VICT. Bebo cuanto tengo sed .

LYDIA. ¿Y usted, señor Sdmint?

SDMIN. Yo no hago el ridículo en ninguna parte... Si hay que beber, bebo. *(Anita sirve los entremeses.)*

INSTI. Usted es un hombre de mundo, señor Sdmint.

SDMIN. No me gusta llamar la atención... *(Habla con la Institutriz.)*

VICT. *(Buscando al Cómico.)* Doctor... Pero ¿no viene usted? (Hola, ¿qué leerá con tanto interés?) *(Se acerca al Cómico y lee por encima del hombro.)*

COM. ¡Ah! No se han olvidado de mí... Me echan de

menos... Advierten mi falta... *(Lee marcando las lineas a Victor, que está detrás de él.)* "Hoy nos damos cuenta del perjuicio que ha sufrido nuestro teatro, perdiendo al famoso artista Deridier, obligado a ausentarse por asuntos particulares. Este actor hubiera hecho una verdadera creación en el Vitelio de *Quo Vadis*... Ha sido una lástima..." Lo demás no tiene importancia... ¡Ah! ¡Mis triunfos! ¡Mis éxitos! ¡Siento la nostalgia del aplauso!...

ANITA. *(A Sdmint, indicándole el Cómico.)* (Fíjese usted... Obsérvele.)

SDMIN. ¿Qué es lo que leen ustedes?

MARIA. Anita, la sopa. *(Vase Anita.)*

VICT. La revista del estreno de *Quo Vadis*. *(Sdmint coge el periódico y lee.)*

COM. Y pensar que he podido quedarme sin leerlo ¡Claro! Aquí no se entera uno de nada... "¡Este actor hubiera hecho una verdadera creación." *(Anita sirve la sopa.)*

MARIA. Vamos a la mesa... señores... A la mesa.

LYDIA. ¿Qué dice ese periódico?

SDMIN. Nada, señorita... Publica la revista de un crítico sin talento, acerca de una obra sin talento, representada a beneficio de un cómico sin talento. El comerciante que ha empleado ese periódico para envolver su mercancía le ha dado su justo valor.

COM. No estoy de acuerdo con usted.

SDMIN. Pues lo siento por usted.

COM. ¡O no!...

SDMIN. Vamos, no se ponga usted trágico y amenícenos el almuerzo contándonos algunos chascarrillos graciosos...

TODOS. Eso... Eso... Venga un cuento...

SDMIN. Silencio... El doctor tiene la palabra...

COM. Pues bien... ¡Ejem! ¡Ejem! Erase una vez un judío...

VICT. ¿Un judío sólo? Eso es poco...

COM. Viajaba un judío en el tren sin billete... cuando de pronto se presenta el revisor.

VICT. ¡Hombre! Ese cuento nos lo contó usted antes de ayer... *(Todos ríen.)*
COM. *(Desconcertado.)* ¡Ah! ¡Sí! Antes de ayer... Bueno... Bueno...
EDMIN. Venga otro... Otro...
COM. Una joven cuyo estado, al parecer, era bastante interesante...
VICT. ¡Eh! ¡Eh! Doctor... que hay señoritas...
COM. Esperen ustedes...
VICT. Fíjese usted que no estamos entre hombres solos.
COM. Pero si no saben ustedes lo que va a venir.
VICT. Cuando se está en ese estado se sabe siempre lo que va a venir.
MARIA. Otro, doctor... Otro...
COM. Bien, bien... Allá va otro... Era en los tiempos del Zar Nicolás primero... El asistente de un capitán descubre un día una botella de champagne, la destapa, se sirve un vaso y exclama antes de beber: "El asistente Boris va a casarse con la viuda de Cliquot." ¿Hay quien se se oponga al matrimonio? ¿Hay impedimento? "¡No!" Y se bebe el vaso de un trago. Pero el capitán, que lo ha oído, grita: "El soldado Boris va a contraer matrimonio con una estaca... Que le den cincuenta estacazos... ¿Hay impedimento? Y el soldado Boris, saludando correctamente, responde... "Perdón, mi capitán, ¡el novio no da su consentimiento!" *(No se ríe nadie. Pausa.)*
VICT. ¡Es viejecillo el cuento ése!
FEDE. Y muy gracioso, muy gracioso, no es...
INSTI. Yo no estoy de acuerdo con usted... Tiene cierto gracejo.
COM. El novio no da su consentimiento... ¡Ja, ja! ¿Qué le parece a usted, señorita Lydia? A veces puede ocurrir que el novio no dé su consentimiento... Fíjese usted bien...
LYDIA. A mí me es igual, porque yo no tengo novio.
COM. ¿No? ¿Y lo que hemos hablado antes? Pero, en fin, si no lo tiene usted lo siento... Porque

yo iba a brindar por la felicidad de los enamorados.

VICT. Entonces brindemos por doña Transverberación y el doctor. *(Brindando.)*

INSTI. Pero ¿está usted loco? *(Anita sirve otro plato.)*

EMPL. Yo sí voy a hacer un brindis, señores... Y con todo mi corazón... Levanto la copa a la salud del hombre que ha venido a alegrar los tristes días de este anciano, que charla con él, que le consuela en su desgracia, que le acompaña, le cuida, le atiende... Que Dios le dé la prosperidad en este mundo y en el otro, donde irá lo más tarde posible y donde yo le estaré esperando, como un amigo fiel, con impaciencia. *(Aplausos y exclamaciones de todos.)*

COM. *(Abrazándole emocionado.)* Gracias... Me ha emocionado usted, me ha emocionado. ¡Por fin he oído el ruido de los aplausos! ¡Eh! Caracoleo de gusto como un caballo de guerra al escuchar el clarín. *(Sdmint disimuladamente le tira de la manga.)* ¡Sí... sí! Gracias... Muchas... *(Al Empleado.)* ¡Amigo mío! ¡A su salud! *(A la Institutriz.)* A su salud, señorita...

INSTI. Es un hombre encantador... Encantador...

COM. *(Bebiendo.)* ¡A la salud de todos! ¡Hip! ¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra! *(Aplausos, aclamaciones. Todos se ponen en pie. Al sentarse de nuevo, Lydia observa ha cambiado sin querer la servilleta.)*

LYDIA. Perdone usted, pero creo que ha cogido usted sin querer mi servilleta...

INSTI. Es verdad... No, no es la mía... Veo aquí el rojo de los labios... ¡Muy bien!... Ahora nos damos rojo en los labios, ¿eh?

LYDIA. No creo que a usted la importe.

INSTI. A su edad... Debía darle a usted vergüenza. No hay nada mejor que la sencillez, la naturalilidad...

SDMIN. ¡Bah! El artificio tiene también sus encantos... La vida necesita que la embellezcamos...

INSTI. Señor Sdmint... Lo artificial es la mentira.

SDMIN. Sí. ¿Y cree usted que la verdad es hermosa?

¿Cree usted que es agradable? No, amiga mía. Si yo le dijera a usted la verdad, no me miraría usted a la cara.

INSTI. ¿Por qué?

SDMIN. Porque los hombres nos vemos obligados a disimular constantemente... Disimulamos la pobreza, las enfermedades, los deseos, las aspiciones... ¡Los hombres tienen el deber de mentir!

INSTI. ¡Qué bonita educación! Eso no es la Naturaleza... Es el vino que han bebido ustedes.

FEDE. "Tu vini véritas", doña Transverberación.

SDMIN. *(Ofreciéndola el plato de dulces.)* Vamos... Endúlcese usted la vida... *(Federico trata de limpiarse una mancha con la servilleta.)*

LYDIA. ¿Y los discos nuevos que nos prometió usted, señor Sdmint?

MARIA. Sí, sí... Eso es más interesante que la Naturaleza.

ANITA. *(Viendo a Federico.)* Espere usted... Yo lo limpiaré... *(Vase a la cocina. Federico vase detrás de ella.)*

SDMIN. *(En el gramófono.)* Los nuevos discos, ¿eh? No dicen más que cosas antiguas... Ya ven ustedes, ¡Shakespeare! El monólogo de Jacobo, en la comedia titulada "Como gustéis".

COM. Si lo dice un actor de talento... ¡Bah! ¡Se podrá oír! *(El Cómico se sienta al lado de la Institutriz y charlan animadamente.)*

INSTI. Eso lo hemos oído un millón de veces... Pongan ustedes otra cosa .. ¡Música! Música que nos transporte... Que eleve nuestras almas...

SDMIN. Señora, si Shakespeare la aburre a usted...

LYDIA. ¿Me permite usted que elija yo, señor Sdmint? *(Entra Federico con el juego de damas, que coloca delante del Empleado. Después se dirige al aparador, se sirve y bebe un vaso de agua.)*

EMPL. *(Al Cómico.)* ¿Echamos la partidita, doctor?

COM. Luego, luego. Ahora tengo la cabeza un poco pesada. *(Sigue hablando con la Institutriz.)*

EMPL. ¿Y usted, doña María, quiere jugar?

MARIA. Si es a las damas, bueno.

EMPL. A lo que usted quiera.

LYDIA. *(Dando un disco a Sdmint.)* Este... ¿Le parece bien? *(Sdmint coloca el disco. La Institutriz y el Cómico se instalan en el sofá.)* Resulta más poético cuando se oye a distancia. *(Lydia se sienta al lado de la mesita de la máquina y Víctor junto a ella. El gramófono ejecuta un disco de "Mignon".)* ¿Conocéis el país? *(Anita trae una tacita con un poco de agua caliente y suavemente limpia la mancha que tiene Federico en la americana. El señor Sdmint, colocado detrás del gramófono y medio vuelto, contempla satisfecho el cuadro que ofrecen las cuatro parejas, que parece sueñan con el país cuyas delicias canta el disco del gramófono.)*

TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración que el anterior. Es de noche; el último día de Carnaval. Sobre las mesas y los muebles, distintas botellas de vino, frutas y dulces. Flores naturales y artificiales. De la lámpara que cuelga del centro, parten unas largas guirnaldas que van a sujetarse a los extremos de la habitación, colgando flores, banderitas y farolillos de colores. Sobre la puerta del fondo, un cuadro representa a Pierrot perseguido por unos diablillos. Encima del diván de la pared, otro, representando una escena amorosa de Colombina y Arlequín. Sobre la puerta del vestíbulo, una truculenta imagen del Príncipe Carnaval. En la puerta de la derecha, un gran corazón rojo sobre un negro antifaz. Encima de la puerta de paso a la cocina, una pintura representando al Doctor de Bolonia. La escena está iluminada con un tono rosa muy vago y suave. Cerca del aparador, a la derecha, sobre una mesita, habrá una silla, y encima de esta silla, que Federico sostiene, estará subida Anita, descalza, tratando de sujetar las guirnaldas que cuelgan del techo. Viste traje de Colombina y está a medio arreglar. Lleva las medias negras y la falda corta. El Cómico viste el disfraz del Doctor de Bolonia, el antifaz a la espalda; coloca en perfecto orden las vituallas y las botellas, y de vez en cuando prueba los vinos de las

distintas marcas. Víctor y Lydia acaban de colocar el cuadro de Colombina y Arlequín en la pared, encima del diván. Doña María entra en escena de su habitación, cosiendo en encaje a un negro antifaz. Sdmint, en medio de la escena, da a todos sus instrucciones.

SDMIN. *(A Anita.)* No, no... Un poco más... Así... Cuidado, no se caiga usted.

MARIA. Es usted un brujo, señor Sdmint, un brujo... No hay quien conozca esta casa...

SDMIN. *(Al Cómico.)* ¿Están descorchadas todas las botellas?

COM. Todas... ¡No queda una sin descorchar!

MARIA. El dinero que ha gastado usted.

SDMIN. Hay que festejar dignamente el último día de Carnaval.. Carnaval es un personaje sagrado... *(A Lydia.)* Más a la izquierda... En el centro... Así... Eso es.

COM. *(Que está ya un poco alegre, se apoya familiarmente en el señor Sdmint.)* Muy bien... Sí, señor... Muy bien... Reconozco el genio del decorador... Un genio un poco, ¿cómo diré yo? Sí... eso es... Una cosa así... Claro que esta opinión mía es... porque he bebido... Pero si he bebido es porque he comido muchos mariscos... Me vuelvo loco por los mariscos... *(Un ligero hipo.)* Usted perdone... ¡Eh, doctor! Hoy... Carnaval. ¡Ya me entiende usted, señor Sdmint! ¡El último día de Carnaval!

EMPL. *(Entrando por el foro.)* ¡Bravo, señor Sdmint! Vaya si ha cambiado usted esto... Se ve que estamos en Carnaval. ¡Qué bien vamos a festejar el Carnaval!

FEDE. ¡No han visto ustedes el disfraz que he preparado para doña Transverberación!

EMPL. No... A ver... Enséñanoslo...

FEDE. En seguida... Pero que no lo sepa ella... es una sorpresa... *(Ayuda a Anita a bajar de la mesa y vase Federico por su habitación.)*

SDMIN. *(A Anita.)* Hay que arreglar aquella guirnal-

da. *(Anita y Sdmint corren la mesa hacia la batería.)*

COM. *(Bajo a Sdmint.)* En toda mi vida de artista yo no he visto un decorado... tan... ¿eh?... tan... Bueno... ya me entiende usted. *(Al Empleado.)* ¿Una copita?

EMPL. Un día es un día. ¡Hay que celebrar el Carnaval! *(Beben. Víctor y Lydia han acabado de colocar el cuadro y contemplan el efecto.)*

SDMIN. *(Mirando al reloj.)* Es tarde... Hay que vestirse... Nuestros invitados comenzarán a llegar de un momento a otro... El doctor es el único que está ya... ¡Que está ya bien arreglado!... Pero yo me visto en seguida... *(Ayuda a Anita a subir sobre la mesa.)*

VICT. ¡Bah! ¡No tardamos nada! *(Entra Federico. Colgando de una larga caña flota un manto. En el extremo, la máscara de una bruja con su boca amenazadora.)*

FEDE. ¿Verdad que es muy original?

VICT. Yo creo que es lo mejor que la va a esa bruja... *(Risas un poco forzadas.)*

SDMIN. ¿No teme usted que se ofenda?

FEDE. ¿Qué más da? ¿Está en su habitación?

LYDIA. No. No ha venido todavía. *(Vase Lydia a su cuarto.)*

MARIA. Pero debe estar al llegar.

FEDE. Voy a dejárselo en su habitación...

MARIA. Esa broma me parece un poco pesada, Federico...

EMPL. ¡Bah! Deje usted al chico que se divierta.

LYDIA. *(Entra con un paquete de cintas.)* Es tarde ya... Y hay que acabar de arreglar esta habitación... Quiten los muebles de en medio para que no estorben...

MARIA. Sí, sí... No hay tiempo que perder. *(Vase.)*

SDMIN. Nosotros echaremos una mano... ¿No es verdad, doctor?

COM. Eso es... Hágame usted trabajar... Bébase usted la última gota de mi sangre... Explóteme usted... Pero es el último día. *(Con intención.)*

¡El último! *(Sdmint y el Cómico se van por la habitación de doña María.)*

FEDE. ¡Ah! Me parece que hay que levantar más las guirnaldas. *(A Anita.)*

ANITA. ¿Esta? Así... *(Lydia está sentada en el diván de espaldas a Anita y Federico.)*

LYDIA. *(Bajo, a Víctor.)* Ayúdame a desenredar estas cintas...

VICT. *(Sentándose a su lado.)* ¿Son las de tu vestido?

LYDIA. No... Son para el cotillón...

FEDE. *(A Anita.)* De manera que está usted decidida. ¿Se va?

ANITA. *(Bajo, a Federico.)* ¡Ya le escribiré!

FEDE. Deme usted su dirección... La escribiré y luego iré a verla...

ANITA. No puede ser... Usted no conoce los pueblos. Se burlarían de mí, si le vieran llegar... No, no... Es mejor que venga yo... Vendré a ver a usted...

FEDE. ¿Me lo promete?

ANITA. Sí, sí... Todo se arreglará... Ya lo verá usted... Pero hay que tener un poco de paciencia.

LYDIA. *(A Víctor.)* Es verdad. ¿Te vas mañana?

VICT. Mañana...

LYDIA. ¿Por qué no me dijiste que eras casado?

VICT. Porque no me hubieras querido... Un hombre casado no existe... Esta fuera de la circulación...

LYDIA. No, Víctor... Tú no tienes la culpa si has encontrado otra mujer en tu camino antes de conocerte yo...

VICT. *(Abrazándola.)* ¡Qué buena eres! Pero a pesar de eso, yo me creo culpable... *(Están sentados el uno junto al otro.)*

FEDE. *(A Anita.)* Sí... Necesito tener paciencia... Tiene usted razón... Pero la tendré...

ANITA. Eso es lo esencial.

FEDE. ¿No me olvidará usted?

ANITA. De sobra sabe usted que no. Y usted, ¿se acordará de mí?

FEDE. ¿Yo? ¡Toda mi vida!... Sí... Toda mi vida... Porque ahora mi vida tiene un objeto, una razón de ser... Sí... Viviré de tu recuerdo.

LYDIA. Después de quererte a ti, no querré a nadie.

VICT. ¿Por qué dices que no querrás a nadie?

LYDIA. Porque nadie me dirá lo que tú me has dicho.

VICT. ¿Por qué?

LYDIA. ¡Nadie me besará!... ¡¡Nadie!!

VICT. ¿Quieres que me quede?

LYDIA. No... Yo no tengo el derecho de ser egoísta. ¡Vete! Gracias por todo el cariño que me has dado... Ha sido la clara imagen de un sueño venturoso... Al despertar vemos que ha sido un sueño, pero tan agradable... que nos queda el recuerdo para toda la vida... *(Besa la mano de Víctor.)* Para toda la vida... ¡Gracias! ¡Gracias!... ¡Amor mío!... ¡Mi único amor!

MARIA. *(Entrando.)* Anda, Lydia, que es muy tarde... Vístete... El señor Sdmint está esperando... ¿Y las cintas?

VICT. ¡En seguida! ¡En seguida!

LYDIA. Tómalas, mamá... Están más enredadas que antes... ¡Yo no sé desenredarlas! *(Vase doña María y detrás Lydia. Pero antes de salir mira a la habitación.)* ¡Dios mío! ¡Cómo ha cambiado esto! Es extraño... Y luego esta luz... Pero ¿es ésta nuestra casa? ¿Es verdad? *(A Víctor.)* ¿Es verdad que tú me quieres? ¿Es verdad que te vas? ¿Es verdad que me has dado tanta felicidad? ¿O es que todo esto no ha sido más que la ilusión de la felicidad?

MARIA. *(Dentro.)* Lydia, ven. Date prisa.

LYDIA. *(Como si despertara.)* Voy, voy, mamá. *(Vase Lydia. Anita sale por el foro.)*

VICT. *(Irónicamente.)* ¡Te he visto hablar con Federico! ¡Bravo! Es la expresión de la realidad... No puede hacerse un papel más... a lo vivo.

ANITA. Yo te podría decir lo mismo.

VICT. Si fueras celosa, claro que sí.

ANITA. ¿Y quién te ha dicho que no lo soy?

VICT. Tú no puedes tener celos de una muchacha como Lydia.
ANITA. Ni tú de un muchacho como Federico.
VICT. Hija mía, es que haces tan bien tu papel... Das la impresión de que lo vives... No... no. No te hemos sabido hacer justicia... Indudablemente, te has hecho una gran artista. *(Acercándose a ella.)*
ANITA. Ese joven no me inspira más que compasión.
VICT. ¡Compasión! ¿La has tenido por mí alguna vez?
ANITA. Pero ¿de veras estás celoso?
VICT. ¿No te has enterado todavía?
ANITA. *(Loca de alegría.)* ¿De veras? Pero eso es que me... ¿que me quieres? ¿De veras me quieres?
VICT. Te he querido siempre, pero hoy... *(Abrazándola.)*, hoy sé todo lo que vales.
ANITA. ¿No me engañas? ¿No estás haciendo otra comedia en este momento?
VICT. ¿Y tú?
ANITA. *(Riendo y abrazándole.)* Mírame bien, tonto.
COM. *(Entrando.)* ¡Que aproveche, tortolitos! Sigan, sigan... Sigan ustedes... Como si estuvieran en su casa... Si lo comprendo... Ahí es nada... Hoy se acaba nuestro contrato... ¡Es el último día! Terminó la temporada. *(Oyese un timbre dentro. Vase Anita.)* Gracias a Dios, vamos a vernos libres... la comedia "e finita" ¡Viva la libertad! ¡Viva el arte independiente! ¡Ah! Oye: ¿tenéis algún contrato en perspectiva?... ¿No? Bueno... pues os contrato yo... ¡Yo! ¡Yo! Sí. Qué... Yo voy a tener un teatro... *(Entra la Institutriz. Viste un impermeable.)*
INSTI. ¡Qué atrocidad! ¡Cómo ha puesto la casa! Ni que fueran ustedes saltimbanquis.
VICT. ¿Ha conocido usted alguna vez a un saltimbanqui?
INSTI. ¡Oh! ¡Doctor! Usted también vestido de mamarracho.
COM. Y usted... usted también se disfrazará... La han preparado un vestido...
VICT. Alegórico.

COM. Hoy todo el mundo se disfraza... Hay que despedir al Carnaval.

INSTI. Yo no me disfrazaré por nada del mundo... *(Viendo entrar a doña María con Sdmint.)* Enhorabuena, doña María... Veo que celebra usted un baile de máscaras...

MARIA. No tanto...

INSTI. Bien, bien... Me hará usted el favor de decir a sus invitados que no hagan ruido... Me duele la cabeza. *(Vase a su cuarto.)*

MARIA. No, si esta señora nos aguará la fiesta, como de costumbre...

SDMIN. Pronto se verá usted libre de ella, doña María... Los cinco meses de pensión que la pagó por anticipado deben expirar ya...

MARIA. Tengo miedo... Esa mujer es capaz de armar un escándalo. ¿Por qué no la da usted un calmante, doctor? A usted es al único que hace caso.

COM. Ya no sé qué darla... Bromuro, bicarbonato, opio... Pero tiene un carácter que resiste a los medicamentos más fuertes...

LYDIA. *(Dentro.)* ¡Mamá!

MARIA. Voy, hija, voy. *(Vase a su cuarto.)*

SDMIN. *(Al Cómico, que sigue bebiendo.)* ¡Me parece que no está todo lo amable que debiera con esa señora!

COM. No diga usted eso. He procurado cumplir lo convenido en nuestro contrato...

SDMIN. ¿Y los cincuenta mil francos que le ha pedido usted prestados? ¿Estaba eso estipulado en nuestro contrato?

COM. ¿Lo ve usted? ¡Y me ha obligado usted a hacer el amor a semejante espantajo!... ¡Qué falta de delicadeza en una señora! Una cosa tan íntima como ésa... y ya le ha ido a usted con el cuento. Las mujeres no sirven para guardar un secreto. *(La Institutriz abre la puerta de su cuarto y escucha toda la escena. El señor Sdmint, vuelto de espaldas, no la ve.)*

SDMIN. Es que desconfiaba... Ha sospechado que us-

ted ha puesto sus ojos en sus economías... Y me ha pedido un consejo...

COM. Nada, nada... Esa mujer es una cualquier cosa...

SDMIN. Como es natural, yo le he dicho que hace bien en desconfiar de usted.

COM. Entonces ¿me ha estropeado usted este negocio?

SDMIN. Naturalmente... La he dicho que no le de a usted ni un céntimo... que usted la querrá gratis... Que usted debe quererla gratis.

COM. Sí, ¿eh? Mire usted, señor Frégoli... Yo necesito ese dinero... Me hace falta para fundar el teatro que quiero ofrecer al público...

SDMIN. ¡Algún burdel!

COM. No, señor. Un teatro... Un verdadero teatro, del que yo seré director.

SDMIN. ¡Compadezco al público!

COM. Por eso me hace falta ese dinero... Y óigame usted bien, si no arregla usted las cosas para que yo tenga ese dinero, hoy mismo voy a descubrir el secreto delante de todos... Se enterarán de que lo que hemos estado haciendo aquí ha sido una comedia... El Teatro de la Felicidad. El Teatro de la Vida, como usted dice... ¡Va usted a ver el efecto!

SDMIN. Será el único de su larga carrera artística...

COM. La cara que van a poner cuando se enteren... No, señoras y señores, no... Yo no soy doctor... Soy un cómico profesional... El agente de seguros es el galán de nuestra compañía... El señor Sdmini no vende discos de gramófono; es el doctor Frégoli.

SDMIN. *(Fingiendo gran contrariedad.)* No es posible... Usted no hará eso...

COM. ¿Quién me lo va a impedir?

SDMIN. Su conciencia... Porque usted tendrá una conciencia...

COM. Mi conciencia me aconseja que diga la verdad.

SDMIN. Pero no en escena.

COM. Ahora no estoy en escena.

SDMIN. Muy bien... Haga usted lo que quiera... Pero no olvide usted una cosa...

COM. ¿Qué?

SDMIN. Que el trabajo de usted y sus compañeros ha confiado a este público de tal manera que hoy es absoluta su credulidad...

COM. Sí, ¿eh?

SDMIN. Por mucho que haga no logrará disipar la ilusión que ustedes han creado... Es infinitamente más fácil creer la mentira que la verdad...

COM. ¿Está usted seguro?

SDMIN. Segurísimo...

COM. Lo veremos.

SMIND. Será un fracaso más para usted... Bien es verdad que usted ya está acostumbrado.

COM. ¿Quiere usted apostar cincuenta mil francos a que me creen?

SDMIN. ¡Los ha perdido usted ya!

COM. Apueste usted... *(El rostro de la Institutriz es trágico; cierra suavemente la puerta y desaparece.)*

SDMIN. Vaya la apuesta .. Pero lo hago por dar a usted una lección...

COM. Me tendrá usted que dar cincuenta mil francos. *(Llama en la puerta de Lydia.)*

LYDIA. *(Sin acabar de vestirse un traje de marquesita.)* ¿Quién es? No estoy lista todavía...

COM. Señorita Lydia... Doña María... Vengan ustedes... Ante todo quiero pedirlas perdón... Nosotros las hemos engañado a ustedes... Escúchenme... Esto es una representación... Cada uno de nosotros representa un papel... Cada cual ha traído su careta.

MARIA. ¡Hombre! ¡Claro! ¡Como que estamos en Carnaval!

COM. No..., no he querido decir eso... Oiganme bien. Yo no soy doctor... El señor Sdmint es el doctor Frégoli... Es nuestro empresario... Víctor es un cómico, y su mujer también... Todos nosotros somos cómicos de profesión... Víctor representa el papel del amante...

LYDIA. ¿Qué quiere usted decir, sinvergüenza?

COM. No se ofenda usted, señorita... Yo no digo que sea el amante de usted... Es el amante en general...

LYDIA. ¿El amante de todas? ¿Pero usted es capaz de decir eso de un hombre que es una persona decente? ¿Un hombre que es fiel a su mujer?...

SDMIN. Tranquilícese usted, Lydia... Ya ve usted que el doctor ha bebido una copita de más... El hombre ha querido festejar el Carnaval...

MARIA. *(Dándole una palmada cariñosa.)* Vamos, doctor... Acuéstese usted un ratito... Duerma un poco... Verá usted cómo se despeja para cuando lleguen nuestros invitados.

COM. *(Desesperándose.)* ¿Pero de dónde han sacado ustedes que estoy borracho? No me han comprendido... Ustedes no se dan cuenta...

LYDIA. De su infamia, sí, señor... Ya lo creo que nos damos cuenta... *(Vase rápida.)*

MARIA. Cállate, hija mía... No he querido hablar por no excitarla más... Pero Lydia tiene razón... Eso no está bien, doctor... Lo que hace usted no está bien... Se ha olvidado de que está en una casa decente... Y que trata con personas decentes. *(Vase doña María.)*

SDMIN. *(Después de una pausa.)* ¿Eh? ¿Qué le ha parecido?

COM. ¡Imbéciles! ¡Idiotas! ¡Ah! Pero todavía no ha ganado usted... Quedan los demás... La Institutriz... Federico... Su padre...

SDMIN. ¿Empieza usted a reconocer que la ilusión es más poderosa en la vida que en las tablas?

COM. ¡Lo veremos! *(Se dirige a la mesa y se sirve de beber.)* Usted olvida que yo soy un actor... ¡Un actor eminente! ¡Que llevo veinte años de teatro! Encontraré cien personas que declaren que no soy doctor... Que soy un cómico... ¡Un cómico!...

SDMIN. ¿Cómico? Ya lo creo que lo es usted... En este momento más que nunca lo fué... ¡Está usted en plena situación cómica! *(Vase riendo.)*

COM. ¡Cómico! ¡Yo en plena situación cómica! Ha dicho que estoy en una situación cómica... ¿Yo? *(Se vuelve y ve aparecer en la puerta de la Institutriz el largo manto con la careta de bruja. Cambio de luz. Desaparece la tonalidad rosada que baña la escena, sustituyéndola una blanquecina y vaga.)* ¡Ah! Es usted. Es usted..., señorita... ¿Ya se ha disfrazado? *(Se acerca, tambaleándose un poco.)* Me alegro que venga usted, porque quería darla una noticia... sensacional... ¡Eh! ¿Por qué se tambalea usted así?... ¡Ah! No. Es posible que sea yo..., porque he bebido algo... Y, claro, los ojos me hacen unas cosas raras... Los colores..., los colores, me dan mareos... Bueno... Va usted a saberlo todo... ¡Ea! ¿Usted creía que yo era doctor? pues no, señora... No soy doctor... Soy un cómico... Un cómico ilustre, célebre... ¡Me aclaman!... ¡Me aplauden!... ¿No lo cree usted? Sí, señora... Soy un cómico... El número uno de los cómicos, y *(Acercándose.)* siento por usted tal simpatía..., tal simpatía..., en fin, una simpatía que llega a los límites de... *(Rápidamente quiere abrazar el cuerpo, y éste desaparece. Ha de dar la sensación que ha dado el abrazo al vacío. Lanza un grito de loco. La luz se apaga y vuelve a encenderse en seguida. La fantástica máscara ha desaparecido. Al mismo tiempo surge un fauno, que recorre la escena a grandes saltos. Cambia la luz. El Cómico no hace más que dar gritos.)*

FEDE. *(Que es el fauno, quitándose el antifaz.)* Pero ¿por qué grita usted así? ¿Qué pasa?

COM. *(Secándose el sudor, aterrado.)* ¡Ah! ¿Es usted?...

FEDE. ¿Tan mal estoy que le doy tanto miedo?

COM. No, no... Es ahí... Ahí... *(Señalando la habitación de la Institutriz.)* Una cosa mala...

FEDE. ¡La Institutriz! Ya lo sabemos.

COM. No, no es eso... *(Entra Lydia lindamente ves-*

tida. En la mano, un saco de confetti y serpentinas.)

LYDIA. ¡Ah! Federico... Qué bien está... Es un fauno. Un verdadero fauno... *(Otra vez el timbre. Anita, vestida de Colombina, atraviesa la escena para abrir la puerta.)*

COM. *(Arrastrando a Federico.)* Venga usted... Venga usted... Yo quiero saber qué pasa... Pero tengo miedo... No quiero ir solo. *(Empujándole hasta el cuarto de la Institutriz.)* Es inútil llamar... No habrá nadie... No debe haber nadie... *(Entra Federico, seguido del Cómico. En este momento aparece Víctor vestido de Pierrot; muy alegre, muy saltarín. Haciendo sonar los cascabeles y agitando las amplias mangas del disfraz. Se dirige al vestíbulo para recibir a los invitados que llegan.)*

VICT. Adelante, amigos míos, adelante... ¡Bienvenidos seáis todos! ¡Sonad alegres cascabeles de Carnaval! Que el botón de oro se abra y florezca... Que todo cante el himno eterno a la Primavera... Que despierte nuestro ardor la caricia enamorada del nuevo sol. *(Pone en marcha el gramófono, que ejecuta una polonesa de ritmo escandaloso. Entra un tropel de máscaras. Lydia envuelve a Víctor, arrojándole serpentinas, como si quisiera tenerlo preso en aquellos frágiles lazos. Víctor grita, alegre:)* ¡Viva! ¡Viva el Carnaval! *(Las máscaras, que visten los trajes de "Quo Vadis", bailan al compás de la polonesa. Lydia arroja serpentinas y confetti. Hay lluvia de confetti. Las serpentinas se enganchan en las guirnaldas y llenan todo el escenario. De pronto ábrese la puerta de la Institutriz, y aparecen Federico y el Cómico, consternados.)*

COM. ¡Una desgracia!

FEDE. ¡Basta de música!

COM. Ha muerto.

FEDE. Se ha suicidado. *(Todo el movimiento cesa. Deja de sonar el gramófono. Un gran silencio.)*

MARIA. ¿La Institutriz?
FEDE. Sí.
LYDIA. ¡Hasta el final tenía que ser ella la que nos aguara la fiesta!
COM. ¡Envenenada! Ha dejado escritas unas líneas...
FEDE. ¡Ah! Sí... "¡Que no se culpe a nadie de su muerte!"
COM. Al contrario...
FEDE. "¡Que se culpe a todo el mundo de su muerte!"
VICT. ¡Demonio!
MARIA. *(Dirigiéndose a la habitación.)* ¡Quién sabe! Puede que haya alguna esperanza... *(Todas las máscaras la siguen y hacen mutis a la habitación de la Institutriz, haciendo comentarios. La escena permanece sola un momento. En el umbral se presenta un fraile muy misterioso y con la capucha oculta el rostro. Avanza sobre la punta de los pies, mira a todos lados y luego rápidamente se acerca a la puerta de la Institutriz y la cierra con llave. Luego se dirige al foro para llamar a Anita.)*
SDMIN. *(Que es el fraile.)* Anita.
ANITA. ¿Quién me llama?
SDMIN. Soy yo... Acérquese...
ANITA. ¿Quién es usted? ¡Ah! ¡Usted! *(Vuelto de espaldas al público, el fraile levanta ligeramente la capucha.)*
SDMIN. Váyase al vestíbulo... Que pasen esas tres señoras de los dominós negros que acaban de llegar... Y no deje usted entrar a nadie más... Tengo que hablar a solas con ellas.
ANITA. Pero...
SDMIN. Silencio... Obedezca... Que pasen esas señoras... Y luego nadie más.
ANITA. Está bien. *(Vase Anita. Momentos después entran tres dominós. Uno es la joven del acto primero. No ha abandonado el perrito.)*
SDMIN. Hagan ustedes el favor de pasar... No tengan miedo... Van a encontrar ustedes aquí a la persona que con tanto interés buscan. Tengo mucho gusto en saludaros, mis queridas mujerci-

tas. *(Se levanta la capucha. Las tres mujeres dan un grito de asombro. Los gritos de la Sordomuda son roncos, inarticulados.)*

JOVEN. Por fin, te hemos cazado... ¡Cobarde!... ¡Bandido! ¡Sinvergüenza! *(Se quita el antifaz. La Muda sigue su ejemplo.)* ¿Creías que te ibas a escapar?... Nada de eso... Hay una justicia. Me has engañado. Me has sacrificado, y ahora verás... La ley es la ley, y ahora las vas a pagar todas juntas. *(Sin escucharla, Sdmint, que está discutiendo por señas con la Sordomuda.)*

MUJER. ¡Calle usted! No sé cómo se atreven a levantar la vista delante de este hombre, ni a invocar la ley. ¿Qué ley? Por encima de todo está la ley del amor.

JOVEN. Usted está loca.

MUJER. ¿Quiere usted someter a la ley al hombre que la arrancó de la miseria? Tiene gracia la Cenicienta denunciando ante los tribunales al príncipe de los cuentos de hadas. ¿Quién era usted? Estaba usted abandonada, sin defensa, y él la protegió. ¿Y ésta? Era tan desgraciada, que su desesperación no tenía límites. ¡Y él la dió la felicidad! Y yo... Yo, miserable mujer... ¿Qué hacía yo para merecer que él me llevara a su altura?... Perdonémosle... *(Se arrodilla delante de él.)*

SDMIN. Levántate, María ...Yo no soy ningún Dios. Yo debo ser castigado por haber sentido piedad... Al final de mi camino está el Gólgota...

MUJER. Nosotras no lo consentiremos.

JOVEN. Nada de eso... Que se reintegre al domicilio conyugal...

MUJER. Como suplicio, ya es bastante.

SDMIN. Vamos, vamos, calma... ¿Dónde está mi domicilio conyugal?... ¿Con quién debo vivir? Contigo... Protestará ésta... ¿Con las tres? Eso sería lo lógico... Pero, desgraciadamente, las mujeres europeas no estáis preparadas para la vida amable del harén... Creedme... Lo más sen-

cillo es que os hagáis la cuenta de que me he muerto. No penséis en que van a venir las autoridades de la Tierra... Pensad un poco en las del Cielo y en lo que esta mujer... os ha dicho. *(Suena un timbre en el vestíbulo. En la puerta de la Institutriz golpean desde el interior.)* Y no hablemos más... Podéis retiraros... No censuréis al que ha trabajado por daros un poco de felicidad... Y tú... *(A la Joven.)* no te preocupes... Yo pagaré los honorarios a tu agente...

JOVEN. ¡Buen imbécil está! Se ha dejado engañar.

MUJER. Adiós, señor... Yo te doy las gracias por habernos proporcionado la alegría de verte otra vez. ¡Dejémosle! *(A las dos mujeres.)* No le entretengamos. Son muchos los que le esperan..., y él es solo... *(Sale acompañada de la Sordomuda, que se despide de Sdmint por señas.)*

JOVEN. *(Al perro.)* ¿Has visto, *Mimí?* ¿Qué te parece esto? Una mujerzuela, una cualquier cosa se atreve a hablarnos de honradez y de virtud... ¿Adónde vamos a parar.) *(Besando al perro. Vase. Edmint se coloca el capuchón y abre la puerta de la Institutriz. Inmediatamente sale Federico.)*

FEDE. ¿Quién había cerrado esta puerta?

SDMIN. ¿Qué pasa?

FEDE. ¡Ah! Es usted... Agua..., un poco de agua... Estamos devolviendo la vida a un cadáver. *(Coge una copa de agua.)*

SDMIN. ¿Cómo? ¿La Institutriz?

FEDE. Tranquilícese usted. No es nada... Un desvanecimiento, que el doctor tomó por el último suspiro. *(Vase. Por el vestíbulo entran, disfrazados con sendos capuchones el Director-Empresario y el Director de escena.)*

SDMIN. *(Gravemente.)* *Quo vadis...* domine?

DIR. ¡Ah! Es usted... ¿Me ha reconocido? *(Quitándose el antifaz.)*

SDMIN. *(Quitándose el capuchón.)* ¡Me parece!

D. ESC. ¿De manera que... *Quo Vadis...?*

DIR. Ya lo ve usted... Quiero presenciar el final de la comedia que está usted representando en el Teatro de la Vida... El Teatro de la Ilusión...

SDMIN. Llega usted a tiempo para ver el final. *(Entran todos en escena.)*

DIR. ¿Es interesante?

SDMIN. Sobre todo, difícil.

MARIA. *(Saliendo.)* Alabado sea Dios. ¡Qué susto nos ha dado esa condenada mujer!

SDMIN. Más vale así... Y ahora, amigo Pierrot, escúcheme usted con calma. Yo soy el que busca usted desde que comenzó la comedia. Aquí tiene usted la recompensa. *(Dándole dinero.)*

VICT. Pero ¿quién es usted?

SDMIN. Adivínalo... A ti, en cambio, es más fácil reconocerte.

VICT. ¿A mí?

SDMIN. Sí... Tú, en cambio, eres un pierrot... engañado... Es tu destino... Pierrot es un ingenuo, que se expone al ridículo cuando abandona su especialidad.

VICT. Si soy Pierrot, el único que podrá engañarme será Arlequín.

SDMIN. *(Deja caer los hábitos y queda vestido de Arlequín.)* Justamente...

VICT. ¡Usted! ¡Es usted!

SDMIN. *(Haciendo sonar los cascabeles.)* Yo. *(Cogiendo a Colombina.)* ¡Ella! ¡Tú! *(Indicando al Cómico.)* ¡Y él! Estamos todos. Arlequín, Pierrot, Colombina y el Doctor de Bolonia... Los héroes de todas las graciosas arlequinadas... *(Se cogen de la mano y avanzan hasta la batería.)* Hemos resucitado, no para la escena, sino para la Vida... Está tan triste sin nosotros... ¡Vivan los verdaderos artistas! *(Se coloca en la concha del apuntador y se dirige al público.)* Señores y señoras... Si hemos logrado comunicaros el poder de la ilusión, veremos colmados nuestros deseos. Es lo que nos proponíamos. La obra ha terminado... Y ahora descenderá el telón

lentamente, con majestad, para dar más importancia a la representación. ¿Tiene usted algo qué decir contra la obra? ¿Sí? Claro... Ya lo suponía... Son ustedes exigentes y no nos es posible engañarlos... Dicen ustedes que hemos olvidado lo esencial... ¡El desenlace! Hace falta un desenlace, es verdad... Y un desenlace que sea del agrado de ustedes... Muy bien... Pues... elijan ustedes... ¿Le quieren alegre? Haremos que se divorcie el Galán *(Según va nombrando los personajes, éstos saludan con una inclinación de cabeza al público.)* para que se case con Lydia... La mujer del Galán se une con Federico, y doña María contrae matrimonio con el Empleado... ¿Eh? No está mal... ¡Tres casamientos! A las muchachas casaderas, estos finales las entusiasman... Salen esperanzadas y diciendo: "¡Todavía se casa la gente!" ¿Quieren ustedes un final moral y trágico? Es muy sencillo... La Institutriz denuncia al doctor Frégoli, que es condenado por trígamo; y Lydia, abandonada por el Galán, se ahorca colgándose de la máquina de escribir. Prefieren ustedes un desenlace un poco inmoral. ¡Mucho más fácil! Lydia se hace artista de varietés, y aunque cada vez está más fea, los hombres se vuelven locos por ella. ¡Que tal es el prestigio de las tablas!

DIR. *(Acercándose a Sdmint.)* ¿Me permite usted que le dé un consejo?... El público está pensando en que se van los últimos tranvías y desea marcharse... Acabar a tiempo es lo esencial.

D. ESC. No entienden ustedes una palabra de teatro. La práctica es terminar con un gran efecto, sea como sea. ¡A ver! ¡Música! ¡A bailar todo el mundo! ¡A una! ¡A dos! ¡A tres! *(Suena la música.)* ¡Vaya! ¡A l e g r í a! ¡Mucha alegría! ¡Mucha animación! Ruidos... Gritos... Luz... ¡No retrocedamos a n t e ningún gasto! ¡Más luz! ¡Este es un espectáculo de arte! Apoteosis... ¡Luces de bengala! Precisamente aquí ten-

go una caja... ¡Prodigalidad! ¡Locura! ¡Más vida! ¡Más vida!

SDMIN. *(Eencendiedo bengalas.)* ¡Más luz!

D. ESC. ¡Nada de economías! ¡Magnificencia! ¡Despilfarro! ¡Es un espectáculo de arte!

SDMIN. ¡Magnífico!

D. ESC. Siga la danza... ¡Música!... ¡Música hasta el final! ¡Alegría! ¡Ruido! ¡Animación! ¡Abajo el telón! ¡Abajo! ¡Abajo!

TELON



MEL
Lea Vd.
Los novelistas
30 céntimos
Novelas cortas
inéditas
de los mejores autores



Imp. Sáez Hermanos.
Norte, 21. — Madrid.